

**LA SIRENA QUE SE
ATREVIÓ A AMAR A UN
HOMBRE**

BRIAN LÓPEZ

**LA SIRENA
QUE SE
ATREVIÓ A
AMAR
A UN
HOMBRE**

BRIAN LÓPEZ

Este libro va dedicado a todas aquellas personas que como yo, no dejan de soñar e imaginar que un mundo mejor, es posible.

Título: La sirena que se atrevió a amar a un hombre

Autor: Brian López

©2019 Todos los derechos reservados.

Prohibida toda reproducción total o parcial sin el consentimiento expreso del autor. Asimismo, no se permite su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

PRÓLOGO

Hace miles de años, en las profundidades del mar, se produjo la unión entre un dios y una ninfa marina. Él se llamaba Poseidón y ella, Anfítrite. Juntos reinaban sobre todo lo que el agua de los océanos cubría. Fruto de esa unión, surgieron las sirenas —unos seres con forma de mujer desde la cabeza hasta la cadera, y de ahí hacia abajo tenían una larga y escamosa cola de pez—. Al ser hijas de un dios, poseían una mágica habilidad para que su cola se convirtiese en piernas una vez estuviesen fuera del agua, además de ser capaces de emitir un canto hipnótico que atraería a cualquier hombre hacia ellas, haciéndoles perder el control sobre sí mismos y quedando bajo las órdenes de la sirena que lo hubiese atraído.

Pero de entre toda la descendencia de Poseidón y Anfítrite, destacaba Tritón sobre sus cincuenta hermanas. Él era el favorito de sus padres por el simple hecho de no ser una mujer pez, sino un hombre. A él se le entregó la caracola mágica con la que podía enfurecer o calmar el mar a su antojo, y se le otorgó la soberanía absoluta sobre una parte del reino submarino; concretamente sobre dos de los cinco océanos, el Ártico y el Atlántico. Sus hermanas se habían percatado del favoritismo de sus padres hacia Tritón desde su nacimiento, pero eso ya era demasiado. Se sentían ninguneadas, eran hijas de un dios y de una nereida, hijas de los reyes de un gran reino, pero no eran nada debido al patriarcado y el machismo que dominaba la forma de vida.

Poco a poco, el odio de las sirenas hacia todo lo que representase esa diferencia tan marcada entre un sexo y el otro, fue en aumento. Del mismo modo fue creciendo la necesidad de Tritón de copular y tener su propia descendencia, pero era algo imposible, pues Poseidón había determinado que el único que podía hacer tal cosa en todos los océanos, era él.

La situación era insostenible para el hijo de los reyes, por lo que se decidió a matar a Poseidón para heredar el trono. Su padre era un dios, por lo tanto, inmortal, al menos en principio. Había un modo, según contaba la leyenda, de arrebatarle la inmortalidad a un dios. Cada uno de ellos tenía una herramienta, un arma o cualquier otro elemento que era fuente de su poder y de su destrucción. En el caso de Poseidón, se trataba de su tridente, por lo que si era cierto, Tritón saldría victorioso y conseguiría, además de la soberanía sobre todos los océanos, la inmortalidad de su padre.

Finalmente, Tritón llevó a cabo su plan. En una visita al palacio de sus padres con la excusa de tener un reencuentro familiar, esperó a que los reyes se durmiesen, robó el tridente de su padre y mientras dormía se lo clavó en el pecho. Su madre despertó con la grotesca escena y vio como una luz dorada salía del pecho de su esposo y entraba en su hijo, quien desde ese momento se había convertido en el nuevo rey de los océanos y en un dios.

Pasaron los años, y Anfítrite murió de pena. Por su parte, Tritón obligaba a sus hermanas a mantener relaciones sexuales con él para tener sus propios hijos, pero no daba resultado ¿Cómo era eso posible? ¿Acaso no podían las sirenas reproducirse? Esa duda hizo acudir al nuevo rey a un oráculo para que le diese respuesta.

—El problema no son las sirenas, Tritón. El problema eres tú. Ningún macho de tu especie, podrá ser fértil por muy dios que ahora seas —dijo el oráculo resolviendo sus dudas frente a varias de sus hermanas.

Aquello enfureció tanto a Tritón, que consideró que era una burla para humillarlo frente a todos y mató al oráculo.

Hartas de toda la situación y para comprobar la veracidad de las palabras de aquél oráculo, salieron a la superficie en busca de hombres que las fecundaran. Al cabo de unos meses y tras probar con varios hombres, todas ellas quedaron embarazadas, lo cual confirmaba la infertilidad de su hermano y todos los machos de su especie.

Frente a esto, Tritón estaba absolutamente abatido y frustrado, por lo que su comportamiento y su trato hacia todos, era peor que nunca. Todo ello hizo que Ática, la mayor de las sirenas, organizase un plan para acabar con el patriarcado y el machismo que marcaba sus vidas. El plan no era otro que matar a su hermano y quedarse con el trono para ella por considerar que al ser la mayor, era la legítima heredera. Aunque no todas estaban de acuerdo en cuanto al motivo de Ática para quedarse con el poder, sí que lo estaban acerca de eliminar a Tritón; por lo que después de trazar el plan, lo llevaron a cabo con éxito.

Una vez reinando, Ática decidió que el tridente debería romperse para que nadie adquiriese la divinidad, evitando así que cualquier hombre o tritón —nombre que darían a la descendencia masculina que tuviesen—, pudiese alzarse con el poder. Además, estableció una ley que prohibía que los varones reinasen.

Pasaron los años y el trono fue ocupado por diferentes reinas, cada una más estricta y contraria que la anterior a todo lo que la masculinidad representase. Habían visto como evolucionaba el mundo fuera del agua y veían que el hombre, mientras más poder tenía, más poder quería. Habían visto que usaban a las mujeres como esclavas sexuales, que las golpeaban y las sometían a una vida totalmente carente de libertad y de sentido. Ellas no querían que eso ocurriese también en el mundo submarino de modo que, tras muchos siglos a lo largo de los cuales los dioses habían desaparecido y ciertas criaturas mágicas habían muerto, se ocultaron en las profundidades del océano para ser olvidadas y así convertirse, como los seres antes citados, en meros mitos. Sólo salían a la superficie para usar a hombres con los que poderse aparear y seguir repoblando el mar, pero siendo lo suficientemente cautelosas como para que nadie sospechase sobre su origen.

Con el tiempo, las leyes de las sirenas se fueron endureciendo debido a situaciones en las que habían visto peligrar su seguridad y sobretodo, su sistema político y social que tanto esfuerzo había costado construir cuando un grupo de tritones, decidió intentar tomar el poder por la fuerza, aliándose con los hombres para dar caza a las sirenas; obligándolas a desplazarse continuamente durante más de un siglo y medio para evitar ser presas de la codicia y el afán de protagonismo de los humanos.

Tras este acontecimiento se decidió que todos los tritones, sin excepción alguna, debían ser sacrificados desde su nacimiento, pues eran un peligro y no tenían ninguna utilidad dada su infertilidad. Además, estaba terminantemente prohibido y considerado de alta traición, enamorarse de un hombre, pues harían lo que fuese necesario para llegar al resto de sirenas y convertirlas en sus trofeos. Sabían que un hombre, por encima de todo, amaría al poder y a la riqueza. Ellos sólo eran para reproducirse y debían tenerlo muy claro.

CAPÍTULO I

LAS NUEVAS

Cada dos años, un nuevo grupo de sirenas era adoctrinado y adiestrado en el arte de la guerra —por si algún día la hubiese—, en el arte de la seducción —para poder atraer a los hombres con sus cantos del modo más efectivo—, se les formaba e informaba sobre el mundo de la superficie —para que se pudiesen infiltrar del mejor modo posible—. y se les terminaba de inculcar el odio y el desprecio hacia los hombres y los tritones —para evitar que surgiese el amor, lo cual supondría una debilidad, y para que en cuanto naciese un tritón, supiesen lo que debían hacer con su propio hijo.

Todo estaba controlado y ordenado por Ligia —la reina actual de las sirenas—. Era una sirena muy autoritaria y estricta en cuanto a todo en general, pero principalmente con el cumplimiento de las leyes y forma de vida establecida para el buen funcionamiento y la seguridad de todas. Accedió al trono tras demostrar a la anterior reina que era digna de ocuparlo y que podía morir tranquila sabiendo que dejaría todo en las mejores manos posibles para que nada alterase el orden establecido.

No era la reina quien formaba a los grupos, sino las mejores sirenas de la guardia real, asegurándose así de que todo se estuviese llevando a cabo de la mejor manera posible, pero una vez finalizado el adoctrinamiento, la reina hablaba para todas y les decía algo que les sería recordado a diario por toda la comunidad.

—Fuera del agua es el hombre quien gobierna. La mujer está sometida y relegada al servilismo del macho de su especie por el mero hecho de ser la hembra, considerado como el sexo débil —decía la reina en su discurso—. Hace miles de años, nosotras también vivíamos bajo el yugo de la supuesta supremacía del macho, pero gracias a nuestras antepasadas, las libertadoras, hemos ido evolucionando hasta llegar a la sociedad que tenemos hoy en día. Una sociedad gobernada por y para las sirenas, sin ningún rastro de masculinidad que empañe todas las libertades de las que ahora gozamos. Os recordaré sólo una cosa, hermanas. Algo que no debéis olvidar nunca y que se os ha enseñado desde niñas: cualquier cosa con forma de hombre, es nuestro enemigo. No confiéis en ninguno.

El discurso había acabado y podían retirarse a hacer todo lo que tuviesen que hacer antes de salir a visitar la superficie por primera vez. Entre las nuevas se encontraban Liria y Diana, quienes desde el primer día que acudieron a la escuela y coincidieron en asientos contiguos, se convirtieron en las mejores amigas y jamás se habían separado.

—Estoy deseando que sea mañana —dijo Liria mientras nadaba con su amiga Diana sin rumbo fijo—. Quiero ver si la superficie es como nos han contado en la escuela desde que éramos niñas. Quiero ver cómo mi cola se convierte en un par de piernas y probar eso de caminar. Dicen que al principio es un poco...

—Sí, un poco complicado —interrumpió su amiga Diana en un tono irritante.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extrañada Liria

—Disculpa —contestó Diana—, es que estoy muy nerviosa con todo eso de salir y los hombres, y...

—¿Copular? —se anticipó Liria

—Sí —contestó su amiga—. Dejar que un hombre invada mi cuerpo sintiendo asco hacia ellos me pone nerviosa.

—Nunca hemos visto a uno, Diana —dijo Liria como queriendo decir algo más—. Quizás no sean como nos han contado.

—¿Insinúas que nos han estado mintiendo? —se extrañó Diana al escuchar a su amiga decir eso

—Claro que no —se defendió Liria de tal acusación—, pero pueden estar equivocadas.

—Somos una comunidad con mucha tradición y conocimientos transmitidos de generación en generación de un modo excelente —Diana intentó hacerle ver lo errada que estaba—. ¿No crees que de estar equivocadas lo sabríamos ya por boca de las sirenas mayores que han hecho todo lo que nosotras debemos hacer?

—Tal vez tengas razón —contestó Liria sin estar muy convencida mientras adelantaba a su amiga.

—Odio cuando me das la razón de las tontas —le recriminó Diana en un tono de broma intentando alcanzarla.

Al fin había llegado el día de salir del agua y descubrir todo aquello que tanta curiosidad o temor causaba a las sirenas que aún no lo habían hecho. Todas estaban organizadas por pequeños grupos para ir a diferentes lugares que no estuviesen cubiertos por el mar para que la cola de las sirenas se convirtiese en piernas.

Una vez abandonaron la ciudad sumergida, pusieron rumbo a los lugares de la tierra elegidos por la reina. Eran unas áreas salvajes que los humanos aún no habitaban y así podrían practicar de un modo tranquilo y seguro. Muchas de esas zonas eran pequeños islotes en los que apenas cabía nada y que cuando subía la marea, quedaban cubiertos casi en su totalidad, lo cual los convertía en los campos de entrenamiento perfectos para dominar sus piernas.

El grupo en el que estaban Liria y Diana había llegado ya a su destino. Era un islote que si bien no podía catalogarse entre los más pequeños, tampoco entre los más grandes. Toda la orilla era de arena blanca y gruesa, mientras que en cuanto te adentrabas unos metros, comenzaba una vegetación muy frondosa pero poco extensa debido a las dimensiones de aquel islote. No había ningún animal, salvo insectos y aves de paso.

En cuanto sus cuerpos se fueron secando, éstos comenzaron a transformarse. Lo que era una larga y escamosa cola de color azul eléctrico comenzó a convertirse en un par de piernas suaves y torneadas.

Ahora tenían un aspecto totalmente humano, lo cual causaba curiosidad entre las sirenas que jamás había visto la transformación, por lo que no podían evitar explorar sus cuerpos y compararlos con los de sus compañeras. No paraban de mirar sus piernas. Cada poro, cada surco de su piel. Los dedos de los pies les parecían algo gracioso, como si de cada cosa nueva que había en su cuerpo surgiesen otras. Al tocar la planta de sus pies con suavidad, sentían la irrefrenable voluntad involuntaria de apartarlos de sus manos, que les producían una sensación de cosquillas en las que reincidían sin saber por qué. Era una sensación agradable y al mismo tiempo, desquiciante.

Las sirenas veteranas hacían que caminar pareciese muy sencillo, pero en cuanto las nuevas intentaban ponerse en pie, les resultaba muy difícil. Ellas no tenían aún el equilibrio dominado y les era complicado mover las piernas en diferente orden sin descontrolarse, pues tenían la costumbre de mover sólo una cola para nadar.

Tras varias horas de práctica, las nuevas habían logrado dominar el equilibrio y aunque aún caminaban con algo de torpeza, al menos ya caminaban. Simplemente necesitarían un poco más de práctica para poder andar con la misma soltura que tenían para nadar.

Pasó un mes más en el que se dedicaron perfeccionar conceptos y descubrir todo lo que les rodeaba en la superficie, nunca alejándose más de un kilómetro de la costa. Ahora se podía decir que ya podrían pasar desapercibidas entre la humanidad sin que nadie sospechase sobre su origen, por lo que ya estaban autorizadas a ir solas y no en manada, pero siempre y cuando fuese una fecha establecida para seducir a hombres con los que aparearse hasta quedarse embarazadas y poder seguir contribuyendo a la comunidad con nuevas sirenas y garantizar así la continuidad de la especie.

CAPÍTULO II

INCUMPLIENDO LAS NORMAS

Liria estaba cada vez más encantada con todo lo que iba descubriendo del mundo exterior. Aquello de lo que le habían hablado no se acercaba en absoluto a lo que realmente estaba descubriendo.

La brisa del aire chocando con su cuerpo y haciendo que su larga melena se moviese al antojo de esa fuerza invisible que la rodeaba de manera sorpresiva en repetidas ocasiones a lo largo de cualquier trayecto, la luz del sol bañando su piel sin que ni una gota de agua se interpusiera entre la segunda y la primera —la cual estaba cada vez más bronceada de tanto salir a la superficie últimamente—, incluso la absurda costumbre de los humanos de cubrir su cuerpo con cualquier tipo de material con tal de que nadie viese más allá de lo que cada uno quería mostrar.

La ropa que cubría a Liria era algo antigua, pues la había conseguido de lo que se rescataba entre los restos de los naufragios, y hacía bastante tiempo que por la zona donde se encontraba escondida y protegida la civilización de las sirenas —debido al pequeño reducto mágico que quedaba en el los océanos y en el cual descubrieron su salvación de la persecución que sufrían siglos atrás—, no se producía ninguno con tanta importancia.

Se había dedicado a estudiar de cerca el comportamiento y la actitud de los humanos en lo referente a la moda y sabía que el aspecto era algo muy importante para ellos a la hora de ser aceptados o rechazados por el resto de la sociedad, o incluso si querían diferenciarse por grupos.

Sabía que con aquel vestido más propio de la década de los años veinte, pensarían que estaba loca en lugar de ser una más, con lo cual decidió esperar en la playa a que alguna mujer de las que estaban tumbadas en la arena fuese al agua para poder robarle su ropa. No quería levantar sospechas ni parecer una depredadora, con lo cual se sentó pacientemente como si hubiese ido a pasar el día por allí a pensar en sus cosas. Tras cuarenta y dos minutos de espera, un grupo de tres chicas jóvenes que estaban tumbadas a unos metros a su derecha, se levantaron para ir a darse un chapuzón —pues aunque hacía calor, el aire y la brisa marina contribuían a que la temperatura fuese agradable y no era tan necesario ir al agua cada cinco minutos.

Una vez vio que era el momento, se acercó a las cosas que tenían allí las tres chicas y rebuscó entre sus bolsos para conseguir ropa nueva. En cuanto sacó una camiseta amarilla de tela muy ligera y un pantalón vaquero tan corto que apenas cubría por debajo de la ingle, se levantó y comenzó a correr hasta perderse de aquel lugar. Cuando llegó a un callejón, se quitó el vestido y se puso la ropa que había robado, que aunque le estaba algo grande, se le mantenía en el cuerpo.

Aún descalza, la joven sirena se decidió a investigar un poco el lugar en el que estaba. Había un muelle que tenía bastantes barcos de pequeño tamaño y algunos grandes. Muchas de las tiendas de alimentación eran pescaderías, por lo que debía tratarse de un pequeño pueblo pesquero. Todo el mundo la miraba porque a pesar de ir vestida de modo aceptable, llevaba el pelo algo alborotado y andaba descalza. Ella se había dado cuenta, de modo que comenzó a sentirse algo incómoda. Había estudiado tanto sobre el comportamiento y preconcepto social de los humanos, que estaba segura de que la miraban de aquel modo por algo referente a su aspecto, y pese a que en su mundo no era algo tan relevante, sabía que en el exterior sí lo era; lo que hizo que se fuese sintiendo cada vez peor y necesitara marcharse a casa.

Volvió a la costa, se quitó la ropa y la guardó en una zona cubierta por algunas plantas para volver a ponérsela cuando saliese otra vez. Necesitaba unos zapatos y algo con lo que peinar su cabello, de modo que buscaría donde tenían almacenadas todas las cosas de los naufragios. Se había fijado también, que las mujeres se pintaban la cara con diferentes colores y quería saber cómo era eso posible ¿De dónde sacaban esos colores? ¿Era por gusto o por estatus social? ¿Por qué no habían hablado nunca de ello las sirenas mayores? Liria era de naturaleza curiosa y además estaba entusiasmada con el mundo de los humanos, por lo que no descansaría hasta averiguar todo lo que quería saber. Ya había sido suficiente por ese día y aquello para lo que se suponía que había salido a la superficie —aparearse con un hombre—. lo había dejado de lado por completo.

Pensó que la próxima vez haría lo que debía hacer en vez de perder tanto tiempo con otras cosas de carácter más personal y menos contributivo para su comunidad, pero sabía que se estaba engañando. Su forma de ser y de pensar, la hacían diferente al resto de sirenas. Sabía que cuando saliese nuevamente, volvería a distraerse con cualquier otra cosa del mundo exterior que le llamase la atención.

Pasaron los días y Liria continuó con sus salidas a la superficie para hacer lo que sabía que haría: vivir. No tenía ningún interés en buscar hombres a los que seducir para reproducirse, de hecho, no tenía en mente nada de lo que tuviese que ver con su mundo, ni su civilización, ni nada que se hallase bajo el mar. Lo único que rondaba la mente de Liria noche y día, era todo lo que tuviese que ver con el mundo de la superficie.

Aunque Liria pensaba que no se notaba nada, su comportamiento resultaba algo sospechoso para quienes la conocían lo suficiente, como por ejemplo, su amiga Diana. Ella sabía que algo ocurría, pues tantas salidas a la superficie a escondidas y tantas horas fuera del agua, la hacían sospechar. Tras dos semanas sospechando de Liria, Diana decidió seguirla un buen día sin que su amiga se diese cuenta.

Los tres primeros días la siguió hasta observar a dónde se dirigía para saber si iba siempre al mismo lugar o no. Pudo comprobar que lo hacía y que tenía ropa escondida entre unos arbustos. Siempre la veía llegar, ponerse la ropa y andar hacia la zona edificada.

El siguiente paso era seguirla en la superficie, por lo que en lugar de ir detrás de ella desde las profundidades, se dedicaba a esperarla escondida fuera del agua para luego seguirla un poco más lejos y ver hasta donde llegaba. Diana estaba preocupada por la locura que estaba haciendo su amiga al exponerse tanto y poner en peligro a su comunidad. Estaba saliendo a la superficie para hacer cosas que no debía. Se paseaba por el pueblo, iba al parque, entraba en tiendas y hablaba con gente. Tras dos días siguiéndola a escondidas por el pueblo, su amiga decidió esperarla en la superficie nuevamente, pero esta vez cogió la ropa que Liria escondía en el mismo lugar de siempre.

Cada vez tenía más y más ropa que iba robando a las chicas que se despistaban en la playa, pero cuando llegó el día que su amiga decidió esconderla toda en otro lugar, no había nada. Liria se extrañó y comenzó a dudar de sí misma, de su memoria y de su capacidad para orientarse. Rebuscó entre los arbustos de siempre, otros más próximos y unos algo más alejados. Cuando Diana vio que su amiga estaba lo suficientemente nerviosa de tanto buscar la ropa sin éxito, se dejó ver y llevaba algo de ropa de Liria en la mano.

—¿Buscas esto?—preguntó Diana

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo lo sabías?—se puso Liria más nerviosa aún.

—Suerte que fuese yo y no cualquier otra, Liria —dijo su amiga—. ¿Cómo te expones de esta manera?

—No me expongo —contestó Liria.

—Llevo siguiéndote y observándote varios días, Liria —le aclaró Diana—. Te expones. Mucho, además.

—Yo... —intentó buscar una excusa Liria.

—Te pueden encerrar un tiempo por hacer lo que haces —le recordó Diana—. No quiero verte en esa situación.

—Lo sé —dijo Liria—. Gracias, Diana.

—Ahora volvamos y hagamos como que nada de esto ha pasado —propuso Diana.

—Deja que haga la última visita —le pidió Liria a Diana mirándola con cara de pena—. Ven conmigo si quieres, hay ropa para las dos —intentó convencer a su amiga.

—Ve sola, no quiero verme envuelta en un problema como este —dijo Diana mientras le daba la ropa que tenía en la mano a su amiga—. Ten cuidado.

Después, Diana se dio la vuelta y entró en el agua para volver a casa. Liria se quedó allí y comenzó a vestirse para hacer la última visita por la superficie, tal como le dijo a su amiga. La sirena dio su paseo de siempre hasta llegar al parque y sentarse bajo la sombra de un árbol enorme. Una vez allí, se fijó en algo que nunca había visto. Vio a una mujer maquillándose. Al fin el misterio de los colores en la cara de las mujeres estaba resuelto pero, aunque había causado más curiosidad aún, la conversación que tuvo con su amiga estaba muy presente en su cabeza todavía y sabía que Diana tenía razón.

Tras un par de horas en el parque, Liria se levantó y se disponía a ir al lugar donde guardaba la ropa para dejarla allí definitivamente y volver a casa; pero justo al llegar a la salida del parque, después de girarse para mirarlo por última vez, lo dejó a sus espaldas de nuevo para al fin irse y algo que no tenía previsto ocurrió.

—Lo siento —dijo Liria por inercia al chocarse con alguien.

—No, discúlpame —dijo un hombre muy atractivo—. Ha sido culpa mía.

Entonces, Liria lo miró y algo que no había sentido nunca recorrió su cuerpo. Aquel hombre le parecía extremadamente atractivo. Su mandíbula, sus labios, su nariz, sus ojos, su barba, su pelo y su escultural cuerpo hicieron que Liria se quedase inmóvil. A ese hombre no le había ocurrido nada muy distinto. La sirena que tenía delante era la mujer más bella que jamás había visto y no podía apartar la mirada. Se produjo un silencio que no era para nada incómodo, pues ambos estaban cautivos de lo que tenían ante sus ojos y pronunciar cualquier palabra sería acabar con la magia de aquel momento, aunque llegó un punto en el que era necesario hablar.

—Me llamo Darius —se presentó él.

—Yo Liria —dijo ella—. Tengo que irme —añadió a su presentación mientras echaba a correr por el miedo que le produjo aquella sensación incontrolable.

—Espera, Liria —dijo Darius intentando que la chica parase—. Por favor.

De nada sirvió aquel intento de detenerla, pues Liria sabía lo que debía hacer y lo que había hablado con su amiga. Sabía que si se quedaba a escucharlo, quedaría cautiva de Darius como quedan los hombres con los cantos de las sirenas. Cuando llegó al lugar donde siempre guardaba la ropa, se desnudó a toda prisa, tiró la ropa dejando que cayese donde cayera, y se lanzó al agua sin más. No miró atrás, ni antes de entrar en el agua, ni después de haberlo hecho; simplemente huía hacia el único lugar donde sabía que estaría a salvo.

CAPÍTULO III

SIN SECRETOS

Pasaron los días, y los días se convirtieron en semanas, pero las semanas no llegaron a convertirse en meses. Liria había descubierto demasiado del mundo de la superficie y sabía que aún quedaba mucho más por descubrir, pero también sabía cuál era el precio que pagaría por su osada desobediencia. No obstante, algo más fuerte que su curiosidad, más grande que el océano y más misterioso que la magia que envolvía el asentamiento de su civilización, la impulsaba a volver al lugar en el que nunca debió estar. No podía sacar de su mente aquella voz, aquella mirada, aquel olor, aquel pelo, aquellos labios; no podía sacar de su mente a aquel hombre con el cual el destino quiso que se cruzara la que ella creía que sería la última vez que estaría en ese lugar. No podía sacar de su mente a Darius.

Ya no podía resistirse más a la voluntad de sus instintos, de sus deseos, de sus antojos, de desafiar lo prohibido; de modo que cuando todo parecía haber vuelto a su cauce a los ojos de Diana, Liria volvió a la superficie.

—Será la última vez —se dijo para autoconvencerse.

Ella sabía que no sería así, pero era lo que quería creer. Al llegar donde siempre, encontró algo de la ropa que aún estaba guardada, aunque de la que Diana había dejado esparcida y de la que ella dejó antes de volver al mar, no quedaba ni rastro.

Se vistió y fue hacia el parque del pueblo a toda velocidad en busca de Darius, aunque de manera inconsciente, pues ella se recordaba una y otra vez que estaba allí porque echaba de menos el mundo de la superficie, pero teniendo en cuenta su velocidad y que todo lo que había a su alrededor pasaba desapercibido para ella, era obvio que lo único que le interesaba ver era aquel hombre. Al fin había llegado a donde quería llegar. Recorrió el parque por completo pero de Darius no consiguió ver absolutamente nada. Desilusionada se tumbó en el césped bajo la sombra de un árbol enorme. La brisa del viento que soplaba ligeramente, era muy agradable y tras tanto viaje, la sirena estaba lo suficientemente cansada como para que se le cerrasen los ojos sin quererlo.

Había transcurrido una hora desde que se quedó dormida hasta que comenzó a despertarse. Abrió los ojos lentamente y cuando consiguió tomar conciencia de la realidad, delante de ella había un hombre de rodillas observándola en silencio. La sirena se sobresaltó y mientras gritaba se alejó de él arrastrándose hacia atrás.

—¡Tranquila, soy yo! —dijo Darius extendiendo el brazo con la palma de la mano abierta para que parase de gritar

—¿Darius? —preguntó incrédula Liria llenándose de ilusión

—El mismo —contestó él mientras sonreía por haber sido reconocido por Liria—. Vamos, te invito a un café.

—¿Un café? —preguntó la sirena para saber si había escuchado bien.

—Bueno, si quieres otra cosa, pues... —dijo Darius.

—No, un café está bien —le interrumpió Liria rápidamente.

Entonces, Darius ayudó a la sirena a levantarse del suelo y comenzaron a andar para ir a una pastelería donde servían el mejor café en kilómetros. A Liria le hacía mucha ilusión lo de tomar

un café, pues había escuchado hablar de eso, pero nunca había tomado uno, de hecho no lo había visto ni de cerca.

De ese modo fue como comenzaron a verse de manera habitual, de una forma natural y cada vez con más frecuencia. Esa ansia producida por la necesidad que tenía Liria de encontrarse con Darius como si el mundo se fuese a acabar, como si el mañana nunca fuese a llegar, como si el mar se fuese a cerrar y nunca más pudiese salir de él para ir al encuentro de su amado, hizo que fuese descubierta nuevamente por su amiga, quien se había dado cuenta que hablar la vez anterior con Liria, no había servido de nada.

El enfado de Diana era demasiado grande esta vez y la discusión entre ambas fue monumental. Liria estaba enamorada y no comprendía el hermetismo de las sirenas, ni consideraba a los humanos tan peligrosos como les habían hecho creer. Por su parte, Diana estaba convencida de que lo que estaba haciendo su amiga era un error que ponía en peligro a toda su comunidad y le dio un serio aviso.

—O paras de salir a la superficie y ver a ese hombre —dijo Diana a Liria en un tono amenazante—, o tendré que contarle todo a la reina en persona y pagarás la condena que la ley establece para ello.

Después, Liria le dio la espalda a su amiga y puso rumbo a la superficie.

—¡Liria, no seas estúpida! —gritó Diana mientras su amiga se iba — ¡Vuelve!

Al ver que no entraba en razón, Diana regresó a la ciudad de las sirenas. Una vez allí, solicitó audiencia con la reina de carácter urgente. Al principio se la denegaron, pues debía solicitarse con un tiempo de antelación, pero al explicar de modo superficial el asunto del que se trataba, la llevaron ante Ligia.

—¿Es cierto lo que me han contado? —preguntó la reina

—Sí, majestad —contestó Diana.

—¿Cuánto tiempo lleva dándose esta situación? —quiso saber más la reina.

—Calculo que unos tres meses, majestad —contestó Diana.

—¿Por qué avisas ahora? —preguntó nuevamente Ligia—. ¿No lo sabías antes?

—Majestad, la primera vez que tuve constancia le advertí —contestó Diana nerviosa al verse envuelta como una posible cómplice en el delito—. Dijo que no volvería y dejó de hacerlo, pero volvió a las andadas y me preocupa la seguridad de nuestra comunidad.

—Entiendo... —dijo la reina—. Tu amiga ha traicionado a nuestras hermanas y ha cometido delitos que nos ponen gravemente en peligro a todas. Pagará por ello en cuanto vuelva, aunque no sin tener un juicio justo. En cambio tú, has traicionado a una amiga de muchos años ¿Por qué?

—Como dije antes, majestad —contestó Diana—, me preocupa la seguridad de nuestra comunidad. Quiero mucho a mi amiga, con toda el alma, pero ella toma decisiones egoístas que nos ponen a todas en peligro, incluida yo.

—Demuestras una enorme lealtad a tus hermanas —dijo la reina—. y eres capaz de anteponer el deber a lo sentimientos para preservar el bien común. Esas son unas cualidades muy buenas en una reina...¿Cuál es tu nombre?

—Diana, majestad —contestó la joven.

—Diana... —repitió la reina—. Muchas veces, otras se han acercado y han intentado quedar bien ante mis ojos sólo para estar en la lista de sucesión al trono por ambición o por poder, Pero ninguna había venido sólo para hacer lo correcto. Ninguna había hecho lo que se espera de una auténtica reina.

—Gracias, majestad —dijo Diana.

—No, Diana, gracias a ti —se apresuró Ligia—. A partir de ahora vivirás en el palacio conmigo. Tu habitación será la contigua a la mía. Cuando la traidora vuelva se celebrará un juicio y tú serás la única testigo. Si descubro en ti la fuerza y la imparcialidad de una reina, tú serás la próxima en ocupar el puesto.

—Majestad, yo... —dijo totalmente sorprendida Diana—. Agradezco mucho todo, pero...

—No hay ningún pero —le interrumpió la reina—. Yo tampoco quería ser reina, cuando mi antecesora puso sobre mis hombros el peso del cargo que ocupó. No lo elige nadie del pueblo. La reina que entra, la elige la reina que sale.

Mientras aquella traición ocurría en las profundidades del mar, Liria estaba a punto de llegar a la superficie para encontrarse con Darius. Él la esperaba impaciente en el lugar de siempre. Ella apuraba su velocidad al máximo para llegar lo antes posible.

Darius tenía una sorpresa para Liria. Por alguna razón, al verla en el escaparate, le recordó a ella; de modo que pensó que le haría ilusión. Por fin había llegado y sus miradas se cruzaron a lo lejos. Los ojos de ambos comenzaron a brillar de un modo como nunca antes y la sonrisa que se dibujaba en el rostro de cada uno, hacía que las comisuras de los labios llegasen casi a las orejas.

—Pensé que no vendrías —confesó él.

—¿Crees que me he vuelto loca? —preguntó retóricamente

Ambos se dieron un pequeño beso y un abrazo que duró tanto que haría pensar a cualquiera que se habían fundido para siempre en un único cuerpo.

—Me gustaría darte algo —confesó Darius a la sirena un segundo antes de separarse—.

—¿A mí? —preguntó extrañada ella—. ¿Por qué?

—Porque me apetece hacerte un regalo —contestó Darius mientras sacaba una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta marrón—. Ábrelo.

Liria tomó en sus manos lo que Darius le estaba entregando. Tras mirarlo a los ojos durante unos segundos llena de ilusión y curiosidad, apartó la mirada de él y la posó sobre la cajita recubierta de terciopelo azul marino.

—Es precioso —dijo Liria mientras sacaba de la caja un colgante de oro blanco en el que había una concha de ostra del mismo material.

—¿De verdad? —quiso saber por su inseguridad—. ¿Te gusta de verdad?

—Claro —contestó ella entusiasmada.

—Ven, deja que te lo ponga —propuso Darius.

Liria le entregó el colgante a Darius, se situó de espaldas a él y recogió su larga melena para dejar su cuello al descubierto. En ese momento, Darius aprovechó para darle un beso en esa parte del cuerpo que había dejado a la entera disposición de él. Eso hizo que a ella se le escapase una sonrisa que no se esperaba y que tampoco pudo contener. Inmediatamente después, Darius colocó el colgante en el lugar que correspondía y le dijo a Liria que le gustaría ver cómo le quedaba.

La joven se dio la vuelta y Darius quedó completamente embozado mirando a la mujer que le hacía sentir cosas tan intensas. Ella se ruborizó, pues aquella mirada unida a la ausencia de palabras y no tener nada en lo que reflejarse para verse con aquél nuevo objeto adornando su cuerpo, hizo que se sintiese pequeña y vulnerable.

—¿Hay algún espejo? —quiso saber Liria

—Estás preciosa —contestó Darius sin importar la absoluta desconexión aparente que había entre la pregunta de ella y la respuesta de él, pero sabía que lo que realmente estaba preguntando ella, era lo que él había respondido.

—Gracias —dijo la sirena.

—Me gustaría invitarte a mi casa —confesó Darius sin poder evitarlo.

—Está bien —dijo Liria—. La verdad es que me gustaría ver el interior de una casa por primera vez.

—¿Qué? —preguntó él extrañado

—Tu casa —se apresuró a auto corregirse—, me gustaría ver tu casa por primera vez.

Todo quedó en un lapsus para Darius y un susto para Liria- Tras ese tropiezo de la sirena, él comenzó el camino hacia su casa y ella, aunque iba a su lado agarrada al brazo de Darius, lo estaba siguiendo.

Caminaron alrededor de unos veinte minutos hasta llegar al edificio en el que vivía Darius. A lo largo del camino, no hablaron absolutamente de nada. Se había creado un silencio cómplice que ninguno de los dos estaba dispuesto a romper. Estaban simplemente acompañándose y aquello fue para ambos un momento mágico.

Al entrar en el edificio se veía un ascensor, lo cual causó sensación en Liria, pero no fue necesario usarlo porque la casa de Darius estaba en la primera planta. Una vez atravesaron la puerta del apartamento, ambos comenzaron a besarse de un modo apasionado y no podían frenarse. Obviamente, una cosa llevó a la otra y acabaron en la cama de Darius haciendo el amor como animales en celo hasta que todo se calmó otra vez.

—¿Vives muy lejos? —preguntó Darius—. ¿Por qué nunca hemos hablado de dónde vives?

—No ha surgido —contestó nerviosa Liria—. Vivo un poco lejos, pero no pasa nada.

—Ya es de noche —dijo Darius—. Si quieres puedes quedarte.

—No puedo, gracias —declinó Liria la invitación—. De hecho debo irme.

Liria se levantó de la cama y fue a por su ropa. Darius fue detrás de ella para convencerla de que se quedase, pero fue inútil. Por más que él insistía, no servía de nada. Liria ya estaba vestida y a punto de salir por la puerta.

—¿Qué escondes? —preguntó él

—Nada —contestó Liria con culpabilidad por mentir.

—¿Estás casada? —insistió Darius

—¿Qué? No —contestó ella a punto de reír—. ¡Qué locura!

—Entonces, ¿qué escondes? —siguió preguntando Darius

—Escondo lo que soy —la respuesta de Liria dejó a Darius aún más intrigado.

—¿Lo que eres? —preguntó casi forzando las palabras por la rareza de la respuesta de Liria

— ¿Eres extraterrestre? —preguntó con ironía

—No —contestó muy seria—, pero si lo supieras no querrías volver a verme.

—Claro que seguiré queriendo verte —dijo Darius—. ¿Por qué no iba a querer? Estoy enamorado de ti —dijo antes de besarla tiernamente.

—Acompañame —dijo Liria.

—¿Adónde? —preguntó él

—A enseñarte el camino de vuelta a mi casa —contestó ella.

Ahora era él quien seguía a Liria, no como en el camino hasta la casa de Darius. Esta vez tampoco hablaban, pero el silencio que había a lo largo de este camino era incómodo, tapaba un secreto que estaba a punto de revelarse. Liria sabía que no debía, pero en ese momento, poco importaba lo que rondaba por su cabeza.

Finalmente habían llegado al lugar por el que ella iba y volvía cada vez que quería salir a la superficie para ver a Darius. Ella comenzó a quitarse la ropa y él pensó que todo era una broma, parte de un juego guiado por los bajos instintos.

—Si todo era para esto, podríamos haber seguido en casa —dijo Darius bromeando.

Liria sonrió levemente, le dio la ropa, lo besó de un modo fugaz y se dio la vuelta para ir hacia la orilla y saltar al agua.

—Oye, vas a morir congelada con este frío —le dijo Darius cuando ella asomó la cabeza por encima del agua.

—No creo —dijo ella antes de volver a sumergirse para ir hacia la orilla y mostrar su cola de sirena perfectamente visible a la luz de la luna llena.

—Eres...eres... —intentó hablar Darius

—Sí —dijo Liria—. Soy una sirena.

Darius estaba asombrado y no conseguía hablar. Liria pensaba que estaba asustado y que probablemente no volvería a verlo nunca más, pero aunque no podía articular palabra, Darius fue hasta la orilla, se arrodilló y la besó.

—Te espero aquí mañana a la misma hora —dijo Darius antes de levantarse.

—Hasta mañana —dijo Liria asintiendo con una sonrisa inmensa.

Darius se dio la media vuelta y volvió a casa por el mismo camino que había recorrido junto a Liria, quien había despertado en él un asombro y una sensación de estar soñando. No creía que fuese posible aquello que había ocurrido. La leyenda de las sirenas no era una leyenda, era una realidad. Pero, ¿qué había de cierto y de incierto en todo lo que se contaba sobre ellas?

Por su parte, Liria se sumergió de nuevo en el agua para volver a casa. No se lo podía creer, había confesado su verdadera naturaleza al hombre que amaba y lejos de todo lo que se decía que hacían los humanos, permaneció junto a ella y la trató con más amor que nunca. Estaba convencida de que nada malo podía acercarse entre ambos.

CAPÍTULO IV

EL PESO DE LA LEY

Ya quedaba poco para llegar a la ciudad de las sirenas. La preocupación de Liria en ese momento, era únicamente entrar en su casa sin llamar la atención de su madre, lo cual era muy difícil porque había desaparecido bastante tiempo.

Por fin estaba frente a la entrada de la casa, pero justo antes de entrar recordó que llevaba el colgante que Darius le había regalado y sabía que llamaría la atención, pues no era habitual en ella llevar ningún tipo de abalorio, ni joyas que adornasen su cuerpo. Pensó en usar cualquier excusa que fuese creíble, pero debía ser muy cauta porque sabía que se le daba muy mal mentir.

Una vez con la historia falsa sobre su colgante bien planteada, abrió la puerta de barrotes con mucho cuidado y entró del modo más sigiloso posible. Cuando se giró, se dio cuenta de que no estaba sola. De hecho habían demasiadas sirenas. Estaba su madre mirándola con decepción, su hermana menor llorando en una esquina, su amiga Diana, la reina y cuatro sirenas de la guardia — dos de las cuales, se acercaron a Liria para apresarla tras la orden de la reina.

—¿Te lo ha regalado un hombre? —preguntó la reina acercándose a Liria y tocando el colgante

—No sé de qué habla, majestad —trató de evadir la acusación que en forma de pregunta había hecho la reina.

—No sé por qué, pero no te creo —dijo la reina con ironía.

—Eres una deshonra —gritó la madre de Liria.

—Vámonos —dijo la reina—. Tendrás un juicio justo, pero te aseguro que lo tienes más que perdido.

—Lo siento, pero no me dejaste elección —se excusó Diana al pasar por el lado de Liria.

Si las miradas matasen, la que le lanzó Liria a la que hasta aquél día había sido su amiga desde niñas, habría hecho que Diana muriese en ese mismo instante. Nara no paraba de llorar al ver cómo se llevaban a su hermana para encerrarla o quién sabe si incluso algo peor.

La prisión era una estructura laberíntica hecha completamente de barrotes de hierro, para que así estuviesen a la vista de todo el mundo y todas supiesen quienes eran. Aquella noche y las seis siguientes, Liria durmió encerrada en una de las celdas. Lo que más le dolía de aquel encierro no era la traición de Diana, ni el aislamiento al que estaba sometida, ni estar expuesta a su pueblo. Lo que le dolía era no poder ver a Darius, no poder explicarle por qué no había acudido a la cita y pensar que jamás volvería a encontrarse con él.

Lo único a lo que podía aferrarse era al colgante que él le había regalado y que por alguna razón no se lo habían quitado el día que la apresaron. Pasaba noche y día con la mano en el colgante, tanto despierta como dormida.

Al fin había llegado el día del juicio. Liria conocería el veredicto y, aunque sabía que lo más probable era que fuese considerada culpable de alta traición a su pueblo y a las leyes que imperaban, algo en su interior le daba un poco de esperanza, haciéndole creer que sería puesta en libertad y que todo quedaría en un aviso.

La sala donde se celebraban los juicios era enorme y tenía forma de semicírculo. En el centro de ese semicírculo, estaba la reina en la parte superior de una grada, y debajo de ella, un jurado formado por doce sirenas elegidas por la propia reina. A

los lados estaban el resto de gradas de la sala llenas de sirenas. Los casos como el de Liria eran los que más expectación creaban, pues todas habían sido puestas en peligro y estaban llenas de miedo e ira.

Cuando Liria entró en la sala acompañada por las dos guardias, los gritos y los abucheos llenaban todo el espacio. Se escuchaban insultos de todo tipo y pese a ello, Liria no agachó la cabeza en ningún momento. Al llegar al punto en que debía colocarse la sirena a la que se juzgase, Liria miró a la derecha y vio a su hermana en primera fila. Lloraba como nunca antes la había visto llorar, lo cual hizo que Liria sintiese el impulso de ir a abrazarla, pero con un brusco tirón, una de las guardias que la tenía sujeta con cadenas, hizo que volviese al lugar en el que debía permanecer.

Tras unos segundos más en los que el ruido era apabullante, la reina hizo callar a todos con un simple gesto con la mano, dando a entender que ya había sido suficiente y que era el momento en que ella iba a hablar, de modo que el resto debía permanecer en absoluto silencio.

—Tenemos ante nosotras a Liria —comenzó la reina—. Una de las sirenas de la última formación y a la que parece no haberle quedado claro cómo son las cosas aquí abajo, ni ahí arriba. Gracias al testimonio de Diana —continuó mientras la señalaba justo debajo de ella—, hemos tenido conocimiento de las salidas continuas, desautorizadas y sin un propósito de servir a nuestra comunidad. Como todas sabéis, tal cosa es considerada alta traición a nuestra comunidad y una burla a las leyes que han sido creadas para protegernos de todos los peligros a los que en un pasado nos vimos expuestas. Por favor, Diana, como única testigo de lo que ha ocurrido ¿Puedes contarnos lo que has presenciado?

—Por supuesto, majestad —contestó Diana—. Tras darme cuenta de que el comportamiento de la acusada no era el habitual, un día decidí seguirla. Cada vez un poco más lejos para que no se diese cuenta. Mis intenciones eran las mejores que una amiga puede tener, pues en aquel entonces éramos amigas —matizó—. El caso es que descubrí que Liria salía a la superficie de un modo poco aconsejable, así que hablé con ella para hacerla entrar en razón, pero de poco sirvió, pues continuó yendo y viniendo. Es por eso que no tuve más remedio que contarle a usted, majestad, lo que estaba ocurriendo para así evitar un mal mayor para toda la comunidad.

Todas las sirenas comenzaron a hacer un ruido inmenso lleno de insultos y abucheos hacia Liria. Nuevamente, cuando la reina lo consideró suficiente, llamó a todas al orden para intervenir por segunda vez.

—¿Es eso cierto, Liria? —preguntó la reina

—Sí, majestad —contestó Liria, haciendo que comenzase a escucharse un murmullo de todas las presentes comentando por lo bajo la confesión.

—El colgante que llevas es del exterior —continuó la reina—. ¿Confiesas ante todas que te lo ha regalado un hombre?

—Sí, majestad —contestó Liria.

—¿Habéis tenido relaciones sexuales? —siguió preguntando la reina

—Sí, majestad —contestó por tercera vez la acusada.

—Bien. Dado que has aceptado todo aquello de lo que se te acusa —comenzó a sentenciar la reina—, no es necesaria la intervención del jurado para declararte culpable o no culpable. La acusada, a expensas de saber si está embarazada o no,

quedará encerrada hasta que sepamos ese dato. En caso de estarlo, se aplazará su condena hasta que nazca la criatura. Si no lo está, la pena de muerte se aplicará desde que sepamos que no va a aportar una nueva sirena a la comunidad. Puedes despedirte de tus familiares.

En ese momento todas las sirenas comenzaron a aplaudir. Todas salvo Nara, que estaba conmocionada por la noticia. A Liria se le vino el mundo encima, pero lo único que le importaba era que Darius supiese lo que estaba ocurriendo, de modo que cuando abrazó a su hermana para despedirse, le dijo dónde podría encontrarlo sin tener que adentrarse en la tierra. Necesitaba que Nara le llevase el mensaje de su hermana.

Aquello que Liria le pidió aprovechando el bullicio de la sala para que nadie escuchase nada, fue lo único que Nara podía hacer por ella. Esa era la última vez que se verían y prometió que haría lo que le estaba pidiendo, aún a riesgo de poder terminar como Liria sin saber siquiera si encontraría a Darius.

Las guardias tiraron de las cadenas que sujetaban a Liria para llevarla de vuelta a la celda. Las sirenas tenían lo que querían, que no era otra cosa que la garantía de que la culpable de haberlas puesto en peligro fuese condenada a muerte —con fecha más o menos próxima, pero condenada—. Al llegar a la celda, antes de quitarle las cadenas para dejarla encerrada, una de las guardias le arrancó el colgante y lo soltó, dejando que se perdiese en las profundidades.

Liria no podía más y eso fue la gota que colmó el vaso, haciendo que comenzase a llorar de un modo desconsolado. Lo único que le quedaba del hombre del que se había enamorado

se lo habían quitado. Ya no tenía nada que le hiciese sentir que aún estaba cerca de él. Ahora todo parecía haberse desvanecido para siempre, como un sueño con recuerdos vívidos pero al mismo tiempo vagos, confusos y mezclados sin ningún sentido.

Tal como le había prometido, Nara se arriesgó y fue en busca de Darius al lugar que Liria le había indicado. Ya estaba anocheciendo cuando llegó y se aseguró de que no hubiese nadie cerca antes de ir hasta la orilla. El tiempo seguía pasando y no aparecía nadie en aquel lugar, de modo que comenzó a impacientarse, sabía que no debía estar demasiado tiempo allí, o alguna sirena de la guardia enviada para vigilarla podría descubrirla.

La noche había caído y aún no aparecía nadie, así que Nara decidió volver para no arriesgarse más; pero justo al darse la vuelta, se escuchó la voz de un hombre llamándola por el nombre de su hermana.

—Liria, soy yo —dijo el hombre—. Darius.

—No soy Liria —contestó Nara asustada—. Soy su hermana. Ella me envía para decirte que te ama y que lamenta muchísimo no haber podido venir, pero la han apresado y condenado a muerte por salir a la superficie sin autorización y por estar contigo.

—¿Qué? —preguntó alarmado Darius

—Nuestras leyes son muy estrictas —dijo Nara—. Ya he cumplido mi promesa. Ahora debo irme.

—Espera, por favor —suplicó Darius, pero fue inútil porque Nara ya se había ido.

Todavía con el susto en el cuerpo, pero feliz por haber cumplido con lo que le prometió a su hermana, Nara avanzaba

de vuelta a casa bien camuflada entre la oscuridad que brindaba esa noche carente de luna. A pesar de ello, se sentía observada, tal vez sugestionada por la idea de que estaba siendo vigilada. Cuando estaba llegando a la ciudad, escuchó una voz femenina llamándola. El corazón se le aceleró y aumentó la velocidad para llegar a la ciudad y buscar algún lugar en el que esconderse.

—Nara, detente —dijo una sirena.

Al darse la vuelta, Nara se percató de que era una sirena de la guardia. Tal como había pensado, la estaban vigilando, pero aún conservaba la esperanza de que no la hubiesen visto en la orilla con Darius.

—¿Estás loca? —preguntó la sirena

—No sé de qué me habla —dijo Nara intentando disimular.

—Sabes perfectamente de lo que te hablo —dijo la sirena—. Da gracias de que era yo a quien enviaron a vigilarte.

—¿Quién eres? —preguntó Nara

—Layna —contestó la sirena—. Una sirena de la guardia de confianza de la reina, pero tranquila, estoy de vuestra parte. Si hubiese sido otra compañera podrías estar ahora mismo presa como tu hermana y ser ejecutada antes que ella.

—No volverá a ocurrir. Sólo estaba cumpliendo la promesa que le hice a mi hermana para que pudiese morir en paz —confesó Nara.

—Muy noble por tu parte —reconoció Layna—, pero muy estúpido también. Ve a tu casa y si alguien te pregunta sólo has ido a dar una vuelta por el océano para calmar la ansiedad por el asunto de tu hermana. Es la versión que daré a la reina. No me falles.

Ahora Nara podía estar tranquila, sabiendo que estaba a salvo. Layna siguió su camino hacia el palacio para presentarse ante la reina y dar la versión que dijo a Nara, quien por su parte volvió a su casa y fue directamente a su habitación para descansar de tanto ajeteo, pero no lo conseguía porque no paraba de pensar en su hermana. Aún así, sabía que ahora tenía a Layna como referencia dentro de la guardia, por lo que tal vez ella la pudiese tener al tanto del estado de Liria.

CAPÍTULO V

CONTRATIEMPOS

El tiempo seguía transcurriendo y cada día que pasaba, Liria se iba apagando un poco más. Sus ojos habían perdido el brillo y podían pasar varios días sin que se alimentase. Al principio intentaba mantenerse activa, pero poco a poco se fue rindiendo hasta pasar casi las veinticuatro horas del día arrinconada en la misma esquina. No saber nada de su hermana, ni de Darius había minado la mente de Liria.

En cambio, Nara sabía perfectamente cómo estaba su hermana, pues semanalmente se encontraba con Layna para hablar sobre Liria. La menor de las dos estaba muy preocupada por el estado de salud de su hermana, pero el plan de Layna le hizo tener esperanza en la posibilidad de cambiar el rumbo del destino de Liria.

Habían pasado tres meses y medio, y la hora de averiguar si Liria estaba embarazada o no, había llegado. Layna confesó a Nara que estaba preparando la huída de Liria, pero que para ello necesitaría su ayuda para así garantizar la confianza de la prisionera en la guardia. El día de la prueba, Layna y otra sirena de la guardia, debían llevar a Liria ante la ginecóloga, de modo que ese sería el momento perfecto para la huída de la prisionera.

Tal como Layna dijo a Nara, ese día no estaría sola y necesitaría su ayuda, de modo que la hermana de Liria cumplió con lo que la guardia le había encomendado. Al salir de la prisión con Liria y la otra guardia, debía seguir las para tender una emboscada a la compañera de Layna y así hacer posible que Liria huyese.

Así lo hizo. Nara esperó escondida dentro de las ruinas de un barco desde el que se veía la entrada a la prisión y siguió a las otras tres sirenas. La hermana de Liria estaba tan nerviosa que tenía la sensación de que su corazón se le iba a salir por la boca, pero tal vez fuese bueno para poder golpear con fuerza a la compañera de Layna y hacer que se quedase inconsciente.

Liria quedó inmóvil al ver a Nara, no podía creerlo y pensaba que Layna avisaría a más guardias y correría la misma suerte que su hermana.

—¡Huye! —gritó asustada y preocupada Liria a Nara—. ¡Nada ráp...

—Shhh —dijo Layna tapándole la boca a Liria.

—Cálmate, Liria —dijo Nara—. Está de nuestra parte.

Algo confusa, Liria miró a ambas en busca de respuestas, de cualquier información que aclarase lo que acababa de escuchar. Nara conocía muy bien a su hermana y entendía perfectamente lo que quería decir con aquella cara, de modo que le explicó cómo habían ocurrido las cosas desde que dio su mensaje a Darius.

—Quita esa cara de sospecha —dijo Nara—. Las cosas son como te las he contado.

—Hermana —dijo Liria mientras se abrazaba con Nara—. Pensé que nunca volvería a verte.

—Deja que te quite las cadenas —intervino Layna mientras abría los candados que unía las cadenas que sujetaban a Liria.

—Muchas gracias, pero ¿por qué? —quiso saber Liria

—Este sistema es insostenible —contestó Layna—. El régimen dictatorial que se ha instaurado con los años nos ha convertido en un pueblo oprimido y encorsetado. Para muchas eres un icono, alguien a quien admirar. Te has convertido en nuestra referente, en la impulsora de un cambio. En

este tiempo he podido encontrar aliadas. A lo largo del camino te cruzarás con ellas. Sabrás que son de nuestro bando porque llevarán una cinta roja en el pelo. Están ahí para defenderte por si fuesen a buscarte guardias de la reina. No queda tiempo, así que vete y no regreses. Cuando todo esté preparado iremos a buscarte.

—¿Todo preparado? —preguntó extrañada Liria

—Queremos que tú seas nuestra reina —contestó Layna—. Estamos preparando un nuevo lugar en el que poder establecernos con nuestras propias normas. Un sistema más libre, democrático y justo. Ahora escapa.

Liria se abrazó a su hermana y le prometió que volverían a verse. Después, estrechó la mano con Layna en señal de agradecimiento y se retiró para volver a la superficie.

—Espera —dijo Layna extendiendo el brazo con el puño cerrado—. Casi lo olvido, esto es tuyo.

—Mi colgante —exclamó con alegría Liria—. ¿Cómo? Pensé que...

—Se hace tarde —la interrumpió Layna—. Si nos retrasamos más sabrán que algo ha pasado y vendrán a ver lo que ocurre.

—Muchas gracias —dijo Liria—. Adiós.

Liria comenzó su huida a una velocidad impresionante. Sentir nuevamente la libertad y saber que podría reencontrarse con Darius, la hacía sentirse llena de energía y vitalidad.

—Muchas gracias, Layna —dijo Nara.

—Golpéame y vete —dijo Layna.

—¿Perdón? —se extrañó Nara

—Golpéame y vete —insistió la sirena de la guardia.

—No pienso gol... —quiso dejar claro Nara que no tenía intención de hacer lo que Layna le pedía

—Si no lo haces sospecharán —le explicó Layna a Nara—. No puede ser que atacasen sólo a una para liberar a tu hermana y la otra no tenga ni un rasguño.

—Está bien —aceptó Nara—. ¿Os ato con las cadenas?

—Buena idea —dijo Layna—. En cuanto lo hagas huye y finge que no sabes nada, sólo sabes quien soy porque me viste el día que te seguí hasta la superficie.

Nara hizo lo que Layna le dijo y ésta fingió estar inconsciente hasta que llegaron las demás sirenas de la guardia. Cuando las llevaron ante la reina, ambas juraron no saber cómo había ocurrido aquello. La compañera de Layna decía la verdad, pero la nueva aliada de Liria mentía como nunca; aunque sabía disimularlo perfectamente.

—Sólo recuerdo sentir que alguien tiraba de mí hacia atrás —explicó Layna a la reina—. y luego un golpe muy fuerte.

—¿Dónde? —preguntó la reina

—En la cabeza, majestad —contestó Layna.

—¿En qué parte? —volvió a preguntar Ligia

—Justo encima de la nuca —contestó Layna

—¿Y el golpe que tienes en la cara? —preguntó la reina de manera acusadora

—No lo sé —contestó Layna sin ponerse nerviosa—, eso debe ser posterior. Del momento en que nos ataron con las cadenas tal vez.

—¿Nadie de toda la guardia ha visto nada? —preguntó la reina enfadándose—. ¿Se nos escapa una prisionera condenada a muerte por poner en peligro todo nuestro sistema y nadie ve nada?

—Majestad —quiso intervenir Diana.

—¿Qué? —contestó ariscamente con una pregunta la reina

—Tal vez su hermana ha tenido algo que ver —dijo Diana.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó la reina interesada por una posible respuesta que aclarase todo

—Las conozco bien a las dos —contestó Diana—. Estaban muy unidas y haría cualquier cosa por ayudar a Liria. Incluso arriesgarse tanto por ella.

—Layna, reúne un grupo de quince guardias y traedla ante mí —ordenó la reina—. Si cuenta con aliadas será mejor ir en grupo.

—Como ordene, majestad —dijo Layna preocupada por Nara.

—Y tú, querida —dirigiéndose la reina a Diana—. Tú guiarás un grupo al lugar por el que Liria solía adentrarse en la tierra. Quiero toda la información posible y quiero que esa traidora esté de vuelta cueste lo que cueste.

—Sí, majestad —dijo Diana muy obediente.

Así se hizo. Layna reunió un grupo de quince sirenas, de las cuales cinco estaban de su lado y ansiaban un cambio. Aprovechando que tenía aliadas, las dispuso detrás de ella antes que a las otras diez para así poder hablar con Nara de la situación. En cuanto a Diana, aquello de ser la sucesora de la reina se le había subido a la cabeza. Había cambiado bastante y comenzaba a ser casi tan tirana como su instructora, la reina Ligia.

Al llegar a la casa de Nara, Layna ordenó que cuando abriesen la puerta, la acompañasen dos sirenas más y que el resto esperase fuera por si trataba de escapar. Todo parecía completamente normal, de modo que no se levantó la sospecha de ninguna. Esperaron a que alguien abriese la puerta, pero nadie abría, de modo que procedieron a entrar por la fuerza.

—Tú y tú —dijo Layna—, acompañadme.

Layna entró con dos sirenas de su confianza y buscaron por toda la casa, pero no la encontraban. Parecía que no estaba allí, pero un ruido hizo sospechar a Layna que sí había alguien. Fue acompañada por las dos sirenas hacia el lugar del que vino el ruido y encontró a Nara escondida.

—Quédate ahí —dijo Layna—. Escuchame atentamente. Sospechan que has sido tú con ayuda de algún grupo. Diana se ha encargado de decirlo. Te quedarás aquí hasta que se haga de noche y cuando veas a una sirena con una cinta roja en el pelo deja que se aleje un poco y síguela. Te guiará hasta nuestro pueblo.

Layna y sus aliadas salieron de la casa de Nara y fingieron no haber encontrado nada. Es todo cuanto podían informar a la reina.

Mientras tanto, Diana iba con su grupo hacia el lugar en el que sabía que Liria dejaba la ropa para vestirse cuando salía a la superficie, pero no sabía que por el camino encontraría algún contratiempo. El bando de Layna se dividió varios grupos de sirenas escondidos entre bancos de coral, algún barco hundido y cualquier cosa que sirviese para esconderse y velar por la seguridad de Liria.

—Más rápido o no la alcanzaremos —dijo Diana al grupo.

Justo en ese momento, una flecha de hierro atravesó el abdomen de la sirena que iba más cerca de Diana. El grupo se alarmó y comenzó a mirar al rededor para intentar ver algo, pero no veía nada.

—Sigamos —ordenó Diana.

—Está muy malherida —dijo una de las sirenas.

—Pues sólo veo dos opciones —queriendo aclarar Diana cómo funcionaban las cosas—. La

primera: irnos y dejarla morir. La segunda: matarla e irnos, pero siempre irnos.

En ese momento una segunda flecha rozó el hombro derecho de Diana y cuando se dieron cuenta, una lluvia de flechas las envolvía.

—¡Volvamos a la ciudad! —gritó Diana

Todas se dieron media vuelta y regresaron por el lugar que habían venido. La sirena que había sido atravesada con la flecha quedó allí desangrándose mientras el resto huía. Aunque más de una fue herida por las flechas, ninguna más sufrió daños graves; no obstante, la cantidad de sangre que se había derramado hizo que unos tiburones se acercasen y persiguiesen a las sirenas. Cuando llegaron a la ciudad, en el grupo faltaban las que habían sido heridas en la cola, pues no podían ir tan rápido como de costumbre y se convirtieron en la merienda de aquellos tiburones.

—Majestad —dijo una de las guardias—, el grupo de Diana ha regresado.

—¿Traen a Liria con ellas? —preguntó la reina

—No —dijo Diana entrando con sirenas de su grupo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ligia alarmada—. ¿Cómo volvéis así?

—Son más de las que pensamos, majestad —aclaró Diana—. Están organizadas y nos estaban esperando.

—¿Dónde está el resto de tu grupo? —quiso saber la reina

—En el estómago de unos tiburones —contestó Diana.

—¿Crees que puede ser cosa de la madre? —consultó la reina a Diana que tanto conocía a la familia de Liria

—Lo dudo, majestad —contestó Diana convencida—. Su madre es la sirena más estricta y recta que conozco después de usted.

—Ven conmigo —dijo Ligia—. Necesito que alguien con cerebro me ayude. Vosotras —dirigiéndose a las sirenas que iban con Diana—, id a que os cosan las heridas.

Todas obedecieron a Ligia. Las sirenas heridas fueron a que les cosieran la piel que habían separado las flechas al rozarlas y Diana siguió a Ligia. Una vez en los aposentos de la reina, ésta abrió una caja de plata con forma de cofre del tesoro y sacó el material necesario para coser la herida que Diana tenía en el hombro derecho.

—Iban a por mí —dijo Diana—. La primera flecha atravesó a la sirena que tenía más cerca y la segunda me hizo esto.

—Diana —comenzó Ligia—, deja que te diga algo de lo que parece que no te has percatado todavía. La envidia está muy extendida y cuando se trata de la posibilidad de tener el poder, más aún. Tal vez no soy la reina favorita de nadie. Sé que mis formas son algo...estrictas, pero mi deber es mirar por el bien de la comunidad. No obstante, pocas de nosotras somos capaces de entender eso.

—Lo sé —confesó Diana acercándose a los labios de Ligia con el hombro ya cosido.

—¿Por qué crees que elegí a una sucesora tan pronto? —preguntó la reina retóricamente—. No estoy tan mayor, ni enferma; pero sé que ocupar mi lugar me pone en el punto de mira y si eres tan recta como yo...

En ese momento, Ligia y Diana tenían los labios demasiado cerca como para no hacer lo que de manera poco habitual, pero con bastantes ganas, habían hecho alguna que otra vez.

—Querida —dijo la reina—, ven en ti mi continuidad y no lo quieren. Por eso debes tener especial cuidado. Lo de hoy es un golpe de suerte para darme cuenta de que necesitas más protección. Por ello, nos quedaremos encerradas aquí hasta mañana por la mañana. Solas tú y yo.

—Me parece una gran idea, mi reina —dijo Diana en tono de broma—. ¿Qué ha ocurrido con

la hermana de Ligia?

—No estaba en la casa —contestó la reina—. Si esta noche sigue sin estar allí, quedará en busca y captura.

Y la noche llegó. La reina ordenó que volviesen a buscarla y se encerró otra vez con Diana en sus aposentos. Esta vez cuando llegaron a la casa de Nara, estaba la madre y abrió la puerta extrañada al ver tantas sirenas de la guardia. Le explicaron a Hatria lo que había ocurrido y ella sin pensarlo dos veces dejó paso a todas, pero había avisado que no había visto a su hija en todo el día. Buscaron por todos los rincones de la casa, pero no encontraron a Nara porque afortunadamente, quince minutos antes de la llegada del grupo de guardias, pasó la sirena que Layna le había dicho que pasaría y que ella debía seguir.

Aunque no estaba lo suficientemente lejos de la ciudad como para que no la pudiesen alcanzar, Nara contaba con la ventaja del total desconocimiento de la reina y su guardia del lugar al que se dirigía; pero no era motivo para relajarse hasta que no estuviesen en el asentamiento de la civilización que se estaba creando.

CAPÍTULO VI

EL REGRESO

Mientras bajo el agua ocurría todo aquello, Liria había llegado al lugar al que solía ir antes de ser privada de libertad. Aunque su esperanza le hacía creer que Darius estaría allí esperando por ella, sabía que era prácticamente imposible, pues las últimas noticias que él tuvo de ella no eran nada positivas y había pasado demasiado tiempo como para pensar que el destino de la sirena que amaba, había sido el peor posible. Pero de todos modos, Liria recorrió todos los lugares que conocía del pueblo. No encontró a Darius en ninguno de ellos, de modo que decidió volver al sitio en que escondía su ropa para ponérsela cada vez que salía a la superficie.

Al llegar a esa parte de la costa del pueblo, vio la silueta de un hombre. Estuvo unos minutos observando cómo se movía de un lado a otro hasta que finalmente se sentó. En ese momento la sirena decidió acercarse poco a poco de manera sigilosa. No tener la certeza de si ese hombre era Darius o cualquier otro, hacía que su corazón latiese tan fuerte y su respiración se acelerase tanto, que finalmente se desmayó sin saber quién era aquél hombre.

Al despertar, ya no estaba donde se había desmayado. Tampoco estaba en la celda, con lo cual sabía que todo lo ocurrido no había sido un sueño o una alucinación. Había sido real y todo lo que estaba viendo le resultaba familiar, tan familiar que supo que el hombre que estaba allí era Darius, pues se encontraba en la habitación en la que hicieron el amor por primera y última vez.

—Veo que ya estás aquí de nuevo —dijo Darius entrando en la habitación y acercándose a Liria.

—No me lo puedo creer —dijo ella emocionada intentando ponerse en pie, pero sin fuerza.

—No te levantes —le aconsejó Darius mientras se sentaba en la cama con ella para posteriormente besarla y quedar abrazados.

—Pensé que no iba a verte nunca más —confesó la sirena—. Me habían condenado a muerte, pero estaban pendientes de saber si estoy o no embarazada para decidir en qué momento me ejecutarían.

—Me siento culpable por ello —dijo Darius—. Todos los días pensaba que volverías, que lo que me dijo tu hermana fue una excusa para que no volviésemos a vernos y no algo tan horrible.

—No es culpa tuya —quiso aliviarlo Liria—. Nuestro sistema es como es y si hay culpables, desde luego no eres tú uno de ellos.

—¿Cómo has escapado? —preguntó Darius

Liria contestó a su pregunta y después continuaron hablando abrazados toda la noche. Darius preparó macarrones a la boloñesa y por primera vez, la sirena comía algo que en el lugar del que venía jamás podría haber comido. Nunca había probado nada que estuviese cocinado ni que tuviese tanto sabor. Estaba acostumbrada a comer sólo cualquier animal o planta que perteneciese al mundo submarino y a comer crudo. Para él se había abierto una puerta inmensa a la posibilidad de sorprender a Liria con un plato diferente cada día.

A la mañana siguiente Darius fue a trabajar, pero no sin antes mostrarle a Liria la ropa que había comprado para ella por si algún día regresaba.

—No sabía tu talla —dijo Darius—, pero creo que más o menos puede servirte.

Liria se enterneció tanto que lloró de la emoción. No estaba acostumbrada a que alguien

pensase en ella de ese modo. Sólo conocía la preocupación por la comunidad y el deber de hacer y cumplir con lo establecido independientemente de la voluntad y la individualidad de cada una de ellas.

Finalmente, Liria se quedó sola. No tenía que ir con cuidado de ser descubierta por las sirenas, ni tenía que volver a ningún lado; de modo que tras probarse varias prendas de la ropa que había comprado Darius y con la que habría acertado en la talla si ella no hubiese perdido tantos kilos por la falta de alimento de estos meses, decidió salir a visitar el pueblo y ver todos los lugares posibles.

Finalmente llegó al parque, se tumbó en el césped como hacía las otras veces que había estado allí y dejó que el sol bañase su cara mientras la brisa de viento que soplaba, la acariciaba. No sabía cuánto echaba de menos esa sensación hasta que volvió a tenerla. Parecía mentira que en ese lugar en el que por la noche era necesario abrigarse, por el día la temperatura fuese tan agradable.

Tras pasar toda la mañana fuera de la casa, decidió volver para comer algo de lo que Darius tenía en el armario de la cocina. Cuando ya estaba a punto de entrar en la casa, sintió que el corazón se le aceleraba y que la respiración no era muy buena, de modo que volvió a desmayarse.

Una hora después, Darius llegó y la encontró tirada en el piso, frente a la puerta de la entrada. Tras intentar hacerla reaccionar, Liria despertó.

—¿Me ha vuelto a pasar? —preguntó confundida

—Sí, te has vuelto a desmayar —contestó Darius mientras la levantaba—. Vamos dentro.

—Nunca me había pasado esto —dijo la sirena—. Tal vez estoy muy débil por todo lo vivido este tiempo y el esfuerzo de nadar tanto.

—Tal vez puede que sea por el embarazo —apuntó Darius.

—Eso es absurdo —dijo Liria entre risas—. Nunca he sabido de una sirena que se desmayer por un embarazo. Además, aún no se sabe si lo estoy o no. Mi barriga no ha crecido, así que dudo mucho que esté embarazada.

—¿Cómo iban a saber entonces si estabas embarazada hasta que tuvieses barriga? —preguntó él

—Hay un ligero cambio en nuestra estructura ósea —contestó la sirena—. Sólo alguien con los conocimientos y la práctica suficiente puede palpar para saberlo sin dañar a la criatura, en caso de existir.

—Aquí arriba todo es más sencillo. Ahora mismo voy a la farmacia a por un test de embarazo.

—¿Un qué? —preguntó ella

—Una cosa que te dice si estás embarazada o no —contestó Darius abriendo la puerta—. Y por cierto, las mujeres se pueden desmayar por el embarazo.

Liria se quedó asombrada con aquello de que había algo con lo que podías saber si estabas embarazada o no, pero lo que más le llamó la atención fue saber que las mujeres se pueden desmayar cuando están embarazadas. Al cabo de veinte minutos, Darius estaba de vuelta y desembaló el test de embarazo que había comprado en la farmacia que estaba al final de la calle, justo al lado del mercado en el que vendía lo que pescaba cada día.

Tras esperar un poco, el resultado del test era positivo. Liria estaba embarazada. Darius y ella iban a ser padres por primera vez. Estaban realmente emocionados. Liria, a diferencia de las demás sirenas, podía respirar tranquila porque aunque naciese un tritón, estaba fuera del alcance de las leyes de su civilización y de los peligros que ello supone para quien no sea de sexo femenino.

El tiempo fue transcurriendo y Liria fue conociendo de la mano de Darius como era el

funcionamiento real del mundo exterior y su estilo de vida. Ambos estaban llenos de alegría y parecía que nada ni nadie podía destruir tanta felicidad. Todos los días, Liria merodeaba por aquel lugar por el que solía entrar y salir de su mundo por si llegaba su hermana o Layna con alguna novedad, pero hasta la fecha no lo habían hecho. Nunca creyó que fuese a ocurrir, pero echaba de menos el mundo submarino. Sentía la necesidad de nadar por el océano a toda velocidad como había hecho siempre, sentir como el agua envolvía su cuerpo y hacía ondear su pelo a cámara lenta; pero era algo demasiado arriesgado y más aún estando embarazada.

CAPÍTULO VII

DESCUBIERTAS

Mientras todo ocurría de aquel modo en la superficie, bajo el agua, una guerra estaba a punto de iniciarse. Uno de los bandos ultimaba detalles y esperaba el momento preciso para dar el golpe de estado y poner la corona en la cabeza de Liria. El otro bando, más fuerte y establecido, no paraba de buscar a la fugitiva y a su hermana. Recorrían cada rincón en busca de testigos que pudiesen dar pistas que llevasen hasta las traidoras, pero Layna había sido muy cautelosa; no obstante, había cometido un grave error: creerse fuera del foco de investigación de la reina por la confianza que creía tener depositada por su parte.

Ligia no estaba donde estaba por casualidad, algo la había posicionado como sucesora de la anterior reina. A veces, se le escapaban detalles, pero no tardaba demasiado en atar cabos y hacer que todo viese la luz tarde o temprano. Al cabo de unos meses de no hallar nada, Ligia comenzó a sospechar de Layna, de modo que ordenó a sus espaldas que vigilaran sus movimientos. Eligió a tres sirenas que debían fingir con Layna que lo que ocurrió con Liria les hacía sentirse felices, debían fingir que estaban en contra del régimen y hacer cualquier cosa para que Layna pensase que ellas estaban hartas del sistema y de la reina. Debían ganarse su confianza y conseguir así confirmar si las sospechas de la reina eran ciertas o no.

Llevó un tiempo conseguirlo. Al ver que no era tan sencillo ganarse la confianza de Layna, una de ellas fue más allá. Decidió revelar a Layna el plan de la reina.

—Es necesario que te cuente algo —dijo Ialtra.

—Te escucho —dijo Layna.

—Hace un tiempo —comenzó Ialtra—, la reina empezó a sospechar de ti. Ordenó que Saria, Antea y yo, nos ganásemos tu confianza para sacarte información que pudiese llevarla a Liria o su hermana y así lograr su objetivo. Lo siento mucho, debí contártelo antes. Te prometo que todo lo que te he dicho en este tiempo era cierto, pero no podía traicionar a la reina porque tenía mucho miedo y aún lo tengo. Por favor, no digas que te he dicho nada. Si te lo he confesado es porque confío en ti.

—Qué absurdo —dijo Layna—. ¿Por qué pensó la reina que yo he tenido algo que ver en ese asunto? ¿Por qué voy a saber el paradero de esas dos traidoras? Gracias por informarme. No te preocupes que no diré nada.

—Gracias —dijo Ialtra mientras Layna se alejaba.

La que se había convertido en la principal sospechosa para la reina, siempre iba un paso por delante del resto del mundo y, aunque el intento de Ialtra no era del todo malo, tal vez hubiese funcionado con una sirena menos experimentada en mentiras y traiciones. Fingió no saber nada de lo que la reina creía que, como mínimo, sabía y al llegar al palacio quiso hablar con Ligia de manera inmediata por cuestiones demasiado importantes como para pasarlas por alto.

—Majestad —dijo Layna cuando tuvo a la reina delante—, lo lamento mucho, pero debo informar de una traición.

—¿De qué traición me hablas? —preguntó la reina

—Ialtra me ha confesado el plan que usted había trazado —respondió Layna—. No puedo negar que me duele la falta de confianza hacia mí, pero eso queda en un plano muy secundario al

lado de la traición que se ha cometido contra la persona que vela por la seguridad y el bien de todas nosotras. En cuanto a mí, no sé por qué ha nacido esa sospecha en mi contra, pero le aseguro que no tengo nada que ver. No tengo ni el más mínimo conocimiento sobre el paradero de esas dos traidoras.

—Bien —dijo la reina—. En ese caso te agradezco mucho que hayas informado de la traición y me disculpo si te he ofendido al desconfiar de ti y hacer lo que he hecho. Por favor, busca a Ialtra y tráela ante mí.

—Sí, majestad —dijo Layna antes de irse para cumplir con la orden de la reina.

—Bueno, tendremos que buscar una nueva sospechosa —propuso Diana a Ligia.

—No subestimes la inteligencia de Layna —dijo la reina—, ni su capacidad para mentir. No ocupa el puesto que ocupa por casualidad.

—Pero... —dijo Diana confundida.

—Esas tres no eran el único plan que tenía para descubrirla —dijo la reina—. Hay más. Esta tarde me traerán nueva información. De momento sé que se ve de vez en cuando con sirenas que llevan una cinta roja.

Diana se asombró por su propia torpeza al creer las palabras de Layna. La había engañado como el mejor estafador al menos inteligente del mundo. Desde ese momento, Diana comprendió que estaba rodeada de enemigas incluso en el lugar más seguro.

—Supongo que nadie es tan inteligente como se cree, ni tan estúpido como le quieren hacer creer —dijo la reina a Diana como si de una lección se tratase—. ¿No te parece?

Diana asintió y comenzaron a moverse. A pesar de desconocer dónde estaban Liria y Nara, la reina manejaba la suficiente información como para saber que algo estaba ocurriendo, que algo estaban tramando contra el sistema y por lo tanto, contra ella.

Al fin había llegado el momento de comenzar a solucionar los problemas que se habían ido acumulando a lo largo de este tiempo. El primero por solucionar era el que Ialtra había creado al confesarle a Layna la verdad sobre el plan. La impaciencia de la sirena por lograr el objetivo y ser recompensada por la reina con ocupar el cargo de Layna, la había llevado a cometer un grave error que debía ser pagado.

—Majestad —alegaba Ialtra en su defensa—, el plan estaba tardando demasiado en dar resultados y quise aprovechar esa baza para poder ganarme su confianza y...

—Si no hay nueva orden —la interrumpió la reina—, todo sigue tal como lo he establecido. Lo sabes perfectamente.

—Lo siento, majestad —se disculpó Ialtra—. Pero es que...

—Por tu traición —volvió a interrumpir la reina a la guardia—. se te debería hacer un juicio en el que sólo el jurado elegido por la reina, los cuales son muy leales a mí, pueden decidir tu destino. Si no lo hago es porque los conozco y sé que la pena que querrán imponerte será el exilio, a lo cual sabemos que no ha sobrevivido ninguna sirena. No obstante, mi grandeza y mi capacidad de perdón, me obligan a evitarte tal desgracia. Yo, Ligia, reina de los mares; te expulso inmediatamente de la guardia y te condeno a permanecer un año encerrada en una de las celdas de la prisión.

—Majestad, por favor —suplicó Ialtra intentando que la reina reconsiderase su decisión—. Prefiero el exilio en tal caso y ya veré cómo sobrevivo.

—No juegues con mi paciencia, Ialtra —dijo la reina con un tono en el que se mezclaban la amenaza y la indiferencia—. Layna.

—¿Sí, majestad? —atendió la sirena a la reina

—Enciérrala tú misma —dijo la reina—. Es lo menos que puedo hacer para reparar mi error contigo.

—Como ordene, majestad —dijo Layna obedeciendo la orden.

—¡No, por favor! —gritó Ialtra suplicando una reconsideración

Al ver que de nada servía, intentó huir, pero le resultó inútil. Fue apresada por las guardias. Ella se resistió todo lo que pudo e incluso desenvainó su espada para luchar, pero no sirvió de nada. Eran demasiadas las guardias que habían allí como para poder vencer. Finalmente fue encadenada y llevada a una celda por Layna, tal como la reina había ordenado que ocurriese.

—No te preocupes —dijo Layna con ironía—, un año pasa rápido. Lo único es que serás señalada por siempre como una traidora, pero tranquila, si te vas y no vuelves nadie tiene por qué saberlo.

—Me dijiste que no contarías nada —recriminó Ialtra a Layna.

—Y tú me dijiste que odiabas a la reina y al sistema —le recordó Layna a Ialtra—. Todas mentimos, querida. Todas. Sobretudo las ambiciosas sin cualidades como tú. Adiós.

La tarde había llegado y la reina esperaba en su trono a que se presentasen con las noticias que tanto ansiaba, pero el tiempo pasaba y no aparecía absolutamente nadie. El nerviosismo estaba apoderándose de Ligia, quien comenzó a nadar de un lado al otro del salón aumentando su velocidad a medida que su carácter se tornaba más agrio.

—Ligia —dijo Diana para intentar calmarla—, llegarán de un momento a otro y no creo que sea bueno que vean cómo pierdes el control.

—No me des lecciones de cómo comportarme —le dijo Ligia a Diana, la cuál no se lo tomó demasiado bien y decidió dejarla sola—. ¿Adónde vas?

—A cualquier lugar en el que sea mejor valorada —contestó Diana.

—Siéntate —ordenó Ligia en tono amenazante.

—No —dijo Diana retándola tras una mirada desafiante.

—Es una orden de tu reina —aclaró Ligia por si había alguna duda.

Diana se quedó mirándola fijamente con enfado en su rostro y tragándose su orgullo acabó, aunque muy a disgusto, obedeciendo la orden de Ligia.

—Ser reina supone eso —dijo Ligia—. Hacer lo que se tiene que hacer y controlar los impulsos.

—¿Acaso tú lo haces? —preguntó Diana con ironía y a punto de soltar una carcajada

—Te estás volviendo demasiado insolente, Diana —dijo Ligia—. No me hagas pensar que me he equivocado contigo.

—Majestad —dijo una sirena de la guardia que entraba acompañada con un grupo de veinte más.

—. ¿A qué se debe este retraso? —preguntó Ligia mientras se sentaba en su trono.

—Tenemos más información de la que esperábamos conseguir, majestad —respondió la sirena.

—Estoy esperando —dijo de mal humor la reina tras unos segundos de silencio en los que esperaba por la información.

—Hay una civilización a unas siete horas de aquí —comenzó a informar la sirena—. Habitan en construcciones que han hecho con hierro y madera alrededor de un barco enorme que ha naufragado en el cual esconden armas. También lo usan como si fuese su palacio. Allí todas llevan una cinta roja en el pelo para identificarse.

—¿Habéis descubierto quién está al mando? —preguntó la reina complacida con la información

—Esperan el regreso de Liria —contestó la sirena—. Pero ahora mismo la que está al mando es Layna, majestad.

—Lo sabía —dijo la reina entre enfurecida por la traición de Layna y contenta por llevar ventaja.

—También sabemos que Nara está allí —siguió informando la guardia—. y que todo lo están organizando para acabar con el sistema.

—¡Vaya! Un golpe de estado —dijo excitada la reina—. Aquí abajo no estaban las cosas tan interesantes desde hacía siglos. Buen trabajo, chicas. Ahora buscad a Layna y encerradla. Traed a Nara y encerradla. Diana, ahora te toca ir a buscar a Liria en ese pueblo de humanos asquerosos e informarle de la situación. No importa lo que tardes en encontrarla, pero búscala y encuéntrala. Dile que su reina dejará en libertad a sus “salvadoras” a cambio de entregarse. Si no lo hace, la responsabilidad de lo que ocurra con ellas, será sólo suya.

—¿Voy sola? —preguntó extrañada Diana

—Me preocupa tu seguridad, pero no creo que corras peligro ahora mismo y quiero que se sienta lo más cómoda posible —contestó la reina.

—Está bien —dijo Diana antes de ponerse en marcha.

—Diana —dijo Ligia antes de que Diana se fuese—. Recuerda mentir como te he enseñado. Ten cuidado.

—Descuida —dijo Diana—, volveré sana y salva.

—No lo digo por eso —aclaró la reina—. Lo digo para que los humanos no nos descubran.

—Claro —dijo Diana con el dolor de sentir que Ligia no daba ningún valor a su vida.

Las órdenes de la reina fueron cumplidas y todas hicieron lo que se les había dicho. Layna fue arrestada y humillada. La encadenaron como si fuese un palo en el que enrollar las cadenas y la pasearon por toda la ciudad arrastrándola por el suelo a la vista de todas las sirenas hasta llegar a la prisión, donde la encerraron con las cadenas aún alrededor de su cuerpo. Con Nara, simplemente encadenaron sus brazos por las muñecas y la llevaron a la prisión. Ella intentó soltarse, agitó su cola con toda la fuerza que pudo y pidió ayuda a gritos, pero las sirenas que apoyaban a Liria sabían que todo había sido descubierto, de modo que decidieron huir y esconderse cuando vieron llegar al grupo de la guardia a buscar a Nara. Nada podrían hacer si ellas eran también apresadas, nadie podría ayudar en el golpe que estaban preparando. Ya habría tiempo para liberarla, pensaron.

Atrás quedaba el refugio de Nara, las esperanzas de un sistema nuevo que devolviese la libertad a su pueblo y que aliviase las presiones. Cada vez se alejaban más y cuando miró a sus espaldas, vio que apenas se podía dilucidar la silueta del enorme barco que presidía aquel asentamiento que tanta protección le había brindado en estos meses y desde el cual se estaban ultimando los detalles del ataque para liberar a las sirenas que estaban injustamente encerradas en la prisión por cuestiones meramente subjetivas que sólo ofendían al ego la reina.

A Nara la encerraron justo en la celda contigua de la de Layna. Allí pudo verla tirada sobre los barrotes del suelo de la celda. Inmovilizada por el peso de las cadenas que rodeaban todo su cuerpo hasta el cuello. A la joven se le saltaron las lágrimas y si no fuese por el agua del mar, parecería que de su cara brotaban dos ríos descontrolados buscando el modo de huir de la tierra.

Cuando fue capaz de pronunciar palabra, dijo el nombre de su amiga, pero Layna no contestaba. Todo lo ocurrido había hecho que quedase inconsciente y era imposible comunicarse con ella. Nara se asustó porque creyó Layna estaba muerta, pero la leve corriente marina, movió a la sirena inconsciente poco a poco hacia los barrotes que separaban sus celdas y, aunque no estaba

demasiado cerca aún, Nara estiró el brazo para intentar agarrar a su amiga hasta que lo consiguió y pudo comprobar que Layna aún tenía pulso, lo cual tranquilizó bastante a la hermana de Liria.

Nara había pasado la noche acariciando la cabeza de Layna hasta que se quedó dormida. Cuando despertó por la mañana, la sirena encadenada ya estaba consciente, aunque tenía la mirada tan perdida que parecía que estaba ausente.

—¿Cómo estás? —preguntó Nara

—Decepcionada —contestó Layna.

—¿Por qué? —quiso saber su amiga

—¿Acaso no eres consciente de lo que significa esto? —preguntó Layna enfadada—. Van a ejecutarlos, Nara. Pero eso es lo de menos. Se acabó. Se acabó todo por lo que luchábamos. Ligia se debe haber enterado de todo y será imposible jugar con la ventaja de la sorpresa. Todo seguirá como siempre y a ninguna nos habrá servido de nada todo lo que hemos arriesgado.

La única respuesta por parte de Nara, quien a pesar de saber todo eso parecía no querer reconocerlo aún, como si algún tipo de optimismo exagerado le hiciese creer que conseguirían llevar a cabo el plan a pesar de todo, fue un silencio enorme y vacío . La soledad y el aislamiento que había en ese lugar se sentía mirando la prisión desde la lejanía, incluso alejándose lo suficiente como para dejar que la opacidad de los litros de agua del mar se la tragasen. Eso era en lo que el optimismo de Nara se había convertido desde que Layna le abrió los ojos, compartiendo así el sentir del resto de prisioneras.

CAPÍTULO VIII

VIEJAS RENCILLAS

En la superficie, Diana había localizado a Liria en el parque del pueblo. Ya se notaba el embarazo de la que un día fue su amiga y, a pesar de ver que estaba acompañada, decidió acercarse.

—El humano por el que nos traicionaste, supongo —dijo Diana sorprendiendo a Liria.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Liria entre asustada y rabiosa

—¿Quién es? —preguntó Darius a Liria

—No creo que eso te importe —se adelantó a contestar Diana—. No es contigo con quien vengo a hablar.

—Todo lo que tenga que ver con ella, me importa —dijo Darius encarando a la sirena.

—Darius, te lo agradezco —dijo Liria a su novio—, pero déjanos solas. No creo que pueda hacerme más daño del que me hizo en su día.

—Estaré allí sentado —dijo amenazante Darius—. observando. Como vea que te acercas más de la cuenta, te enviaré de regreso al fondo del mar en cualquier red de pescar que tengo en mi barco.

Darius se retiró y se sentó en un banco desde el que podía ver todo. Mientras él se retiraba, Diana miraba con asco al novio de Liria.

—Tienes la misma expresión que tu reina —dijo Liria a Diana.

—Siempre es mejor eso que pretender ser una de ellos cuando no lo eres —dijo Diana.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido? —preguntó Liria

—Primero deja que te felicite por tu embarazo —dijo Diana.

—Tus palabras envenenadas puedes guardártelas cuando sea para referirte a cualquier cosa que tenga que ver con mi cría —dejó claro Liria—. ¿Qué quieres?

—Que vuelvas —contestó Diana.

—¿Volver? —preguntó Liria como si no se creyese lo que escuchaba—. ¿Estás loca?

—Ligia ha descubierto el plan —confesó Diana—.

—¿Qué plan? —preguntó Diana haciendo como si no supiese de qué hablaba

—El del golpe de estado —contestó Diana—. No te hagas la loca. Ya se ha descubierto que escapaste con ayuda de Layna y de tu hermana; la cual, por cierto, ha sido localizada y debe estar encerrada junto a Layna en aquella maravillosa prisión de la que tan buenos recuerdos debes guardar.

—Sigo sin saber de lo que hablas —continuó fingiendo Liria.

—Oye —dijo Diana ofendida—, no me trates como una idiota. Sé perfectamente cuando mientes. Te conozco muy bien. Tú a mí también y sabes que estoy diciendo la verdad. La reina está dispuesta a liberarlas si te entregas. De lo contrario, las ejecutará.

—Si eso es cierto —dijo Liria—, la reina no liberará a ninguna. En todo caso, nos matará a las tres, y como comprenderás, no pienso dejar a mi cría sin madre para que sea la marioneta de un sistema de enfermas mentales que coarten su libertad de decisión por el simple hecho del odio fundamentado en la historia de seres tan lejanos que no tenemos ni la más mínima certeza de su existencia. Así que dile a tu reina de mi parte, que volverá a verme, pero cuando toque

enfrentarnos.

—Liria, piens... —intentó Diana hacerle cambiar de opinión.

—Vete —dijo Liria interrumpiendo a Diana tajantemente—. Y no vuelvas porque si lo haces, ese hombre probará un buen plato de sirena.

Diana miró a Liria como si jamás hubiesen sido amigas, como si todo lo que estuviese ocurriendo fuese por culpa de Liria y, aunque cierto es que era por su causa, no era por su culpa. Mientras Diana se alejaba, Liria y Darius contemplaban abrazados cómo se perdía en la distancia hasta que, al doblar una esquina, desapareció por completo de la vista de ambos.

—¿Crees que volverá? —preguntó Darius

—No lo dudes —contestó Liria—. Harán lo que sea necesario y más ahora que saben que estoy embarazada. Reclamarán a nuestra cría par..

—Bebé —la corrigió Darius—. Las crías son de los animales.

—Eso es lo de menos —dijo Liria—. Sea lo que sea, lo llamemos como lo llamemos, ellas vendrán en su búsqueda. Bien sea para repoblar o para eliminar. Ya sabes...

—Ya te he dicho que deberíamos ir al hospital para saber cómo está y si es niño o niña —le recordó Darius a la sirena.

—No soy una humana, Darius —dijo Liria—. En cuanto vean alguna diferencia comenzarán a sospechar. Creo en la unión de los dos mundos, pero también sé que los humanos tienen la necesidad de dominar, someter y conquistar. No se puede confiar en cualquiera.

—Liria... —dijo él acercando su mano a la cara de ella para acariciarla—. Lo siento, a veces me olvido de todo.

—Tal vez si voy contigo de pesca y me ves nadar, lo tendrías más presente —propuso la sirena.

—¿Y eso? —preguntó Darius extrañado

—Echo mucho de menos sumergirme en el agua y todas las sensaciones tengo cuando lo hago —contestó Liria.

—Estaría encantado —dijo Darius—. Además, así tal vez me sería más fácil encontrar los bancos de peces.

—¿Cómo que tal vez? —preguntó ella en tono de broma como si estuviese ofendida—. Segurísimo que será más fácil.

—Está bien —siguió con la broma—. Discúlpeme, futura majestad.

—Se acabó la broma —dijo ella muy seria antes de estallar en carcajadas al ver la cara de Darius por pensar que se había excedido.

La pareja volvía a casa, y aunque hacía un esfuerzo por hacer como si no hubiese ocurrido lo que ocurrió con Diana, Liria estaba aún nerviosa y preocupada por si estaban observándola desde algún lugar. Se había ido demasiado fácilmente y eso sólo podía significar que la cosa no había acabado aún. No sabía ni cuándo, ni cómo; pero sabía que, en caso de haberse ido ya, volvería y probablemente no lo hiciera sola. De momento, tal como dijo que haría, Diana se había ido; de modo que Liria y su bebé estaban fuera de peligro por el momento.

A la mañana siguiente, la pareja se despertó para ir juntos de pesca. Darius atracaba su pequeño barco en la zona del puerto destinada a ese tipo de barcos, igual que todos los pescadores. Era bastante modesto, pero aún así cubría las necesidades que tenía que cubrir perfectamente, aunque no podía competir con un par de empresas pesqueras que tenían barcos más grandes, mejor preparados y con más personal a bordo.

Al resto de pescadores les resultó raro ver a una mujer por allí, pues no era lo habitual. A la

única que habían visto era a Anne —la viuda de Paul —quien al fallecer su marido— el cual gozaba de gran reconocimiento entre sus compañeros de profesión—, debió hacerse cargo del negocio para poder seguir ingresando dinero. Aunque de eso hacía ya más de quince años.

El caso es que sólo dos o tres de los pescadores sabían que Darius había conocido a una mujer y que estaban esperando un bebé. Él era muy reservado con su vida personal y, sinceramente, poco tema de conversación podía tener con aquellos hombres tan anacrónicos y estancados en un pasado machista y poco evolucionado.

El pequeño barco de Darius se encontraba al final del muelle, por lo que tuvo que pasar delante de todos los barcos que estaban atracados. Mientras avanzaban, además de los pasos de Darius y Liria, se escuchaba el murmullo de los otros pescadores y las risas de algunos de ellos. Todos tenían algo que opinar al respecto. Un tema que nada tenía que ver con ellos, pero del que todos querían participar. El buen humor con el que había salido Darius de casa, se había transformado en ganas de pelearse con todos, aunque no por él, sino por Liria. Sentía que estaba siendo humillada por una panda de paletos que poco tenían que aportar al mundo. Liria notaba que él estaba bastante alterado por lo que estaba ocurriendo, de modo que decidió tranquilizarlo como pudo. A ella no le importaba lo que aquellos simples hombres pudiesen pensar o decir, sabía que no todo el mundo está al mismo nivel y era obvio que ellos estaban muy por debajo.

Finalmente llegaron al barco de Darius. Subieron y zarparon mar adentro. Era la primera vez que Liria subía en cualquier cosa que flotase sobre el agua y estaba realmente excitada. Notar la brisa del mar impregnando su piel, el viento con aquella fuerza moviendo su cabello, el olor que en la orilla apenas podía percibir, la salitre depositándose en cada parte descubierta de su cuerpo. Sólo por un instante se giró hacia atrás para ver a Darius, el cual no podía parar de mirarla continuamente. Cuando sus miradas se cruzaron, vio en la cara de la sirena una expresión de máxima felicidad. Sus ojos brillaban tanto que parecía que los tenía humedecidos por lágrimas que no terminaban de salir y su sonrisa era tan amplia que daba la impresión de que sus labios no cabían en su cara. Darius pensó que si hubiese sabido que aquello la haría tan feliz, lo habría hecho antes. Ya no importaba lo que había sucedido en el muelle, ni importaba si volvía a suceder porque la felicidad que su novia le transmitía, era demasiado fuerte como para que el resto de cosas le importasen.

—Ya estamos bastante lejos —dijo Darius—. Creo que es un buen lugar para que vuelvas a nadar ¿No te parece?

—Me lo parece —contestó la sirena mientras se levantaba para quitarse la ropa.

—Estás hermosa —piropeó el pescador a la sirena.

Ella se ruborizó y se zambulló en el agua. Darius se acercó al borde del barco para intentar ver algo, pero Liria no aparecía por ningún lado. La llamó unas tres veces, pero no había respuesta alguna. Darius comenzó a asustarse, pues pensó que algo le había ocurrido. No paraba de moverse por todo el borde del barco para intentar ver algo que le ayudase a descubrir si algo estaba ocurriendo. Desesperado, comenzó a quitarse la ropa para lanzarse al agua en busca de alguna respuesta, pero justo antes de quitarse el pantalón, ante él salió Liria del agua con un salto acrobático de varios metros de altura que terminó con una nueva zambullida; aunque esta vez se quedó en el sitio y asomó la cabeza.

—¿Por qué te quitas la ropa? —preguntó extrañada la sirena

—¿Cómo que por q...? —contestó Darius preguntando sin terminar—. Pensé que te había pasado algo.

—No, sólo me apetecía nadar rápido y sin rumbo fijo —contestó la sirena—. No pude

contenerme, era como una necesidad. No pude ir todo lo rápido que quisiera por el embarazo, pero algo es algo. Más adelante hay un banco de peces.

—Pues vamos allá —dijo Darius poniéndose la camiseta de nuevo.

El pescador volvió a poner el barco en marcha y fue siguiendo a Liria hasta donde ella dijo. Luego la sirena avanzó hacia el banco de peces e hizo que fuesen hasta la zona en la

que Darius tenía preparada la red de pescar. Formaban un buen equipo, no se podía negar. Aquel día, Darius consiguió pescar más que nunca y cuando regresaron al muelle, los pescadores seguían murmurando, pero esta vez no era por la presencia femenina, sino por la cantidad de pescado que traía para haber ido con aquel barco tan pequeño y con los medios que tenía Darius. Lo que por la mañana eran risas, a la vuelta se convirtió en asombro y exclamaciones que denotaban la incredulidad ante lo que estaban viendo.

El orgullo de Darius no hacía más que crecer al ver como todos se tragaban las burlas de esa mañana. Su pecho se había hinchado como un globo aerostático y su cabeza la llevaba tan alta que daba la impresión de haber crecido diez o quince centímetros. ¿Cómo era posible? —se preguntaban todos—. Ninguno lo sabía, pero tenían claro que aquella mujer tenía algo que ver con el inusual volumen de pesca de aquel día.

CAPÍTULO IX

EL EJEMPLO

Mientras tanto, en el lugar de origen de Liria, Diana había llegado e informó a la reina de la respuesta de quien para ellas sería siempre una traidora. La ira de Ligia iba en aumento cada vez que se enteraba de algo nuevo sobre la vida que Liria estaba llevando en la superficie. No paraba de preguntarse cuánto tiempo más tardarían los humanos en descubrir nuevamente que la existencia de las sirenas no era un mito. Fuese como fuese, sólo había una culpable y se llamaba Liria. Habían sirenas encerradas por salir a la superficie fuera de las fechas establecidas, alguna que se había encaprichado con un hombre, otras que daban señal de no estar de acuerdo con el sistema; pero ninguna había reunido todas esas condiciones y mucho menos había desafiado tanto al sistema. Ligia sabía que Liria era peligrosa por la esperanza que había dado a todas las sirenas que deseaban un cambio. Sabía que tenía que enviar algún mensaje a la que muchas veían como un ejemplo a seguir, a las cuales también debía enviar un mensaje.

Sabía que si ordenaba lo que estaba pensando, su popularidad bajaría incluso más y, estando como estaban las cosas, probablemente se iniciarían revueltas en la ciudad; pero aún así, decidió hacerlo. Su rabia la cegaba y no era capaz de controlar sus impulsos más sádicos y sanguinarios. Ligia era de ese tipo de reinas que preferían infundir temor, antes que respeto. Estaba convencida de que así, en caso de que alguna quisiese seguir los pasos de Liria, se lo pensaría dos veces y que a ésta, al enterarse de la noticia, la culpa le haría desear la muerte.

—Preparad las cadenas de la zona negra —dijo la reina—. Hoy serán usadas por dos enemigas de todas.

—Como ordene, majestad —dijeron las sirenas a las que se lo había dicho.

—Vosotras, venid conmigo —ordenó Ligia a Diana y a un grupo que estaba con ella.

Con Ligia a la cabeza del grupo y Diana un poco detrás, todas las sirenas a las que había dicho que fuesen con ella, las siguieron. Salieron del palacio y fueron a la prisión en busca Layna y Nara. Se limitó a mirarlas por más de medio minuto sin mediar palabra. El desprecio se podía ver en aquellos ojos tan déspotas que tenía Ligia. Ni Nara, ni Layna tenían nada que decir. La primera estaba asustada, era imposible negarlo, se notaba que el miedo se había apoderado de ella. La segunda, acostumbrada a estar en la guardia y conociendo a Ligia, no transmitía el más mínimo temor. De hecho, su mirada era desafiante aún siendo conocedora de cuál era su destino más inmediato.

—Siempre tan altiva —dijo Ligia a Layna.

—Y tú siempre tan miserable —respondió Layna al insulto de la reina.

—Cuidado con lo que dices —amenazó la reina a Layna.

—¿Qué ocurrirá en caso contrario, Ligia? —preguntó desafiante Layna — Mírame, aún estando encadenada en el suelo te hago frente. Si crees que todo termina aquí estás muy equivocada.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigada la reina

—Te conozco demasiado bien, Ligia —dijo Layna—. El lugar al que fueron las guardias, no es el único que hay. Yo no soy la única que lideraba el cambio. Hay más.

—¿Me crees estúpida? —preguntó con incredulidad la reina

—Sobra decir que sí, pero sí —contestó Layna—. Da igual lo que me pase hoy, o mañana, o cuando sea. El plan está en marcha y cada vez es más fuerte. Llevaban una cinta roja en el pelo. Ahora se identifican con la segunda opción y te aseguro que tarde o temprano, irán a por ti.

—Llevalas a la zona negra —ordenó Ligia a las guardias mientras miraba fijamente a Layna a los ojos.

La reina se apartó para permitir que las guardias abriesen la puerta de las celdas y sacasen a Nara y Layna para llevarlas al lugar en el que cumplirían con la condena que Ligia había decidido que debían cumplir. No habría juicio, no habría nada que pudiese suponer el más mínimo rayo de esperanza para esas dos sirenas en cuanto a una posible salvación. A Layna la llevó arrastrando por el suelo la misma reina en cuanto una de las guardias la sacó de la celda. Tal como la habían metido, la habían sacado. A Nara la llevó una de las guardias con las cadenas en las muñecas. El resto de guardias iban como prevención por si había una posible emboscada por parte del bando de las sirenas de Layna. No podían permitir que se escapasen y mucho menos que le hiciesen algo a la reina.

Al salir de la prisión, se unió casi medio centenar de guardias más para asegurar la protección necesaria en caso de que llegase a ocurrir aquello que temían. Pese a pasear por la ciudad con las prisioneras, nadie dijo nada. Hatria vio cómo llevaban a su hija y lo único que se limitó a hacer fue darle la espalda después de lanzarle una mirada de decepción. Aquello hizo que Nara se sintiese peor que nunca, pues aún sabiendo que su madre era partidaria de aquel sistema, jamás pensó que haría tal desprecio a su hija cuando más la necesitaba.

A medida que iban avanzando, dos guardias de la primera fila y otras dos de la última, iban informando a todas las sirenas que ese día sería en el que verían la condena más ejemplar en mucho tiempo. Invitaban a que todas las que quisiesen, las siguiesen hasta la zona negra. La curiosidad y el morbo de aquella situación, hizo que muchas habitantes de la ciudad aceptasen la invitación y se sumasen a la larga cola que iba aumentando. Casi cuando estaban llegando a la zona negra, avisaron de que debían esperar en el punto en que, por seguridad, no podían traspasar.

A unos quinientos metros se podían ver unas guardias sujetando dos cadenas largas y gruesas que estaban ancladas a un suelo rocoso. En el extremo de cada cadena que sujetaban las sirenas, había una especie de cinturón de metal que servía para colocarlo en la cintura y evitar así que pudiese escapar quien estuviese sujeta. La reina entregó a Layna a una de las guardias y la que llevaba a Nara desde que la sacaron de la celda, continuó llevándola hacia una de las cadenas.

Entre la multitud que observaba, habían sirenas del bando de Layna; pero por más que quisiesen ayudarla, sería un suicidio y pondrían en peligro todo el plan. No podían hacer otra cosa más que intentar apartar la mirada, pero les resultaba casi imposible, como si quisiesen sumar motivos de odio a base de llenar su mente de recuerdos con cosas como la que estaban a punto de presenciar. A Layna le quitaron las cadenas que enrollaban su cuerpo y se sentía algo entumecida. Inmediatamente después, tanto a ella como a Nara, las encadenaron por la cintura.

Las guardias que estaban sujetando las cadenas se fueron con el resto de sirenas que observaban desde la distancia detrás de la reina. Las dos que habían llevado a Layna y Nara hasta allí, debían quedarse con ellas para terminar con su trabajo. El momento había llegado y tenían que hacer lo que tenían que hacer. Mientras todas observaban expectantes cada movimiento y cada cosa acontecida en aquellos minutos, las guardias que permanecían con las presas, desenvainaron sus espadas, les realizaron unos cortes en el exterior de los brazos y se alejaron a toda velocidad para unirse la multitud.

El motivo de la prisa no era otro que la amenaza que se acercaba. Las más ignorantes pensaban

que la condena era dejar que muriesen desangradas, pero las más resabiadas conocían la verdadera razón de esos cortes. Finalmente, los cortes habían hecho su efecto y unos tiburones acudieron a la llamada de la sangre. La gran mayoría de las sirenas que estaban presenciando aquello huyeron despavoridas, pues no les apetecía convertirse en la comida de esos depredadores.

Sólo permanecieron la reina, Diana y las guardias que las habían escoltado todo el camino. Las sirenas podían escapar de los tiburones —si no las pillaban por sorpresa—. casi sin dificultad, por eso la distancia que mantenían para ver cómo la condena se cumplía. La reina estaba disfrutando de lo que ocurría, no podía negarlo, pero no era lo mismo que ver cómo le pasaba eso mismo a Liria. Layna y Nara se miraron y estrecharon sus manos, pues aunque necesitaban abrazarse, la distancia entre ambas no permitía más proximidad que ese leve contacto. Justo cuando sus manos se habían unido, tres tiburones despedazaron sus cuerpos.

—Volvamos —ordenó la reina mientras nadaba lo más rápido que podía.

Allí siguieron devorando lo que quedaba de Layna y Nara. Las cadenas cayeron al suelo y de las dos sirenas no quedaba ni el recuerdo. La venganza de Ligia ya estaba parcialmente hecha. No descansaría hasta que Liria fuese la que ocupase una de esas cadenas y su criatura estuviese en la ciudad en caso de ser una sirena o muerto en caso de ser un tritón; aunque el hecho de saber lo que sufriría Liria sabiendo lo que le había ocurrido a Layna y a su hermana por no ceder, calmaba bastante esa frustración.

CAPÍTULO X

SOMOS MÁS

El tiempo siguió pasando. Liria y Darius continuaron haciendo lo mismo por, aproximadamente, un mes y medio más. El embarazo de la sirena estaba lo suficientemente avanzado como para continuar con el ritmo de trabajo que llevaban. A lo largo de ese periodo de tiempo, habían dos sirenas que observaban a Liria desde la sombra. Sabían lo que hacía, cuál era el barco de Darius, quién era Darius y dónde vivían. Por suerte para Liria, no eran guardias de la reina, sino sirenas que estaban de su parte y que lo único que querían era protegerla y asegurarse de que no corría ningún peligro. Al menos, no de momento.

Cuando se percataron de que Liria ya no iba con Darius, comenzaron a alarmarse y, aunque hablar directamente con él era una opción, prefirieron ir a la casa donde sabían que vivía Liria. Debían averiguar lo que ocurría por sí mismas sin la intervención de humanos, de modo que al tercer día en que la presencia de Liria era inexistente, ambas se adentraron en el pueblo hasta llegar a la casa de la pareja. Una vez allí, tocaron la puerta y cuando Liria abrió, supo que eran sirenas. Creyendo que las enviaba la reina, cerró la puerta de inmediato. El golpe fue tan fuerte que el sonido se escuchó en todo el edificio.

—Liria, somos aliadas —dijo una de las sirenas.

—Somos del bando que había creado Layna —dijo la otra.

Liria seguía apoyada en la puerta escuchando todo lo que decían las sirenas, pero en ningún momento se le había pasado por la mente dejarlas entrar.

—Llevamos varias semanas vigilándote —le informó la primera sirena—. Si hubiésemos querido hacerte algo, lo hubiésemos tenido más fácil en el agua.

—¿Esperáis que os crea? —preguntó Liria de manera retórica

—El colgante que llevas lo recuperó Layna para entregártelo el día que te ayudó a escapar — la segunda sirena dio información que sólo Layna o Nara podrían saber.

Cuando escuchó eso, Liria se calmó. Sabía que no lo podría saber cualquiera, que estaban allí por algo bueno para ella. Poco a poco su cuerpo se fue destensando y tras un silencio a ambos lados de la puerta, comenzó a escucharse por fuera el sonido de varias cerraduras moverse hasta que de repente una fina línea dejaba ver la cara de Liria que invitaba a las sirenas a entrar mientras abría la puerta cada vez más.

Las dos extrañas pasaron al interior de la vivienda, donde conversaron sentadas con Liria en los dos modestos sofás que habían en el salón. Le contaron cómo se habían creado los pequeños pueblos que habitaban, el origen de todo y lo importante que era para ellas que Liria siguiese con vida. Hablaron de cómo estaba la situación en las profundidades y del rumor que corría sobre el temor que tenía la reina a una sublevación del pueblo por la popularidad que había ganado Liria. La peor información la guardaron para el final de la conversación. Aunque Liria quería saber desde el principio sobre su hermana y Layna, las sirenas que la estaban informando prefirieron dejarlo para el final.

Y el final había llegado. No quedaba nada más que decir, salvo a lo que se enfrentaron Layna y Nara. Las sirenas no sabían cómo comenzar a contar tan dramática situación, de modo que sus palabras se iban tropezando unas con otras y sólo fue posible hacerlas salir de sus labios con

preguntas y frases comenzadas y terminadas por Liria. El rostro de la fugitiva se iba desencajando cada vez más a medida que ese tema iba avanzando. Sus ojos estaban llenos de lágrimas que ahogaban una mirada en la que se mezclaba la pena con la ira, el vacío con la sed de venganza.

—Asumiré el trono —dijo Liria apretando los dientes—. Haré todo lo posible por lograr aquello por lo que Layna luchó y por lo que vosotras lucháis. Vengaré la muerte de mi hermana.

—Liria, debes dejar que pase un poco de tiempo para pensar con la mente fría —le aconsejó una de las sirenas.

—Aenda tiene razón y lo sabes, Liria —intervino Zaldia—. Además, en tu estado es mejor que sigas aquí. No querrás poner en peligro a la criatura.

—No. Volved cada semana —dijo Liria—. Iré pensando y organizando todo, y vosotras lo trasladaréis al resto. En cuanto haya dado a luz y me haya recuperado un poco, atacaremos.

Mientras eso ocurría en la casa de Liria, en alta mar, Diana espiaba a Darius. Lo llevaba haciendo durante bastante tiempo, pero no podía acercarse por la presencia de Zaldia y Aenda. Ahora que no estaban, era el momento de atacar y seguir el plan que Ligia le había encargado llevar a cabo. Cuando Darius paró el motor, Diana se acercó y se colocó por el lado derecho, justo donde estaba escrito el nombre del barco. En el momento en que Darius iba a lanzar la red, Diana comenzó a cantar. El pescador escuchó su canto de sirena y fue hacia ella como si estuviese hipnotizado.

—Hola, Darius —paró Diana de cantar para hablar con él.

—Hola —dijo Darius.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó picarona la sirena

—Sí —contestó él—. ¿Cómo olvidarme?

—Necesito tu ayuda ¿Me la prestarás? —siguió Diana con el plan

—Lo que necesites —respondió Darius.

—Mañana trae a Liria —dijo Diana—. Esperaré aquí con unas amigas para llevarla de vuelta a casa.

Darius comenzó a reír y en la cara de Diana se podía ver la confusión que aquello le estaba causando.

—¿De qué te ríes? —se extrañó la sirena

—De lo estúpida que eres —respondió Darius a la pregunta de Diana—. Si crees que voy a traer a Liria aquí para traicionarla y que la ejecute la loca de tu reina, estás muy equivocada. Ahora vete. Tengo cosas que hacer.

Al terminar de hablar, Darius lanzó la red hacia el lugar en el que estaba Diana, quien escapó de quedar atrapada en ella por muy poco.

—Te vas a arrepentir de esto —amenazó la sirena a Darius antes de irse.

De aquello que había ocurrido, Darius no comentó nada de nada a Liria, pues no quería preocuparla sin necesidad. Por su parte, Diana informó a la reina con todos los detalles que pudo. Llegó al palacio hecha una furia y todas lo notaron. No se podía negar que cada vez se parecía más a su mentora.

—Ese imbécil está realmente enamorado de esa traidora asquerosa —dijo la reina con cierto resentimiento—, por eso no sirven de nada los cantos de sirena. Tendremos que buscar otra alternativa.

La reina se quedó pensativa por un tiempo mientras todas la miraban. De repente en su cara apareció un gesto de haber tenido una idea que no le había hecho mucha gracia, pero era una idea.

—Traed un cofre lleno de oro y joyas —ordenó la reina—. Mañana lo llevaréis ante ese

humano y se lo ofreceréis a cambio de entregarnos a Liria.

—¿Por qué va a ceder si está tan enamorado de ella? —preguntó Diana

—Porque por mucho que un hombre ame a alguien —respondió la reina—, jamás le amaré tanto como a la riqueza, o al poder.

Tras ir en busca de un cofre que llenar de oro y joyas que acumulaban de los naufragios desde hacía siglos, las guardias lo dejaron preparado para llevarlo al día siguiente y ofrecérselo a Darius. No es que a la reina le hiciese especial ilusión perder parte de lo que pertenecía a las sirenas, ni tampoco tener que negociar con un humano; pero era lo que tocaba si quería tener a Liria frente a frente y hacer cumplir la condena.

El nuevo día había llegado y ellas estaban listas para ofrecerle a Darius un tesoro con el que podría tener la vida que le diese la gana tener. Diana iba a la cabeza y con ella otras cuatro sirenas que cargaban con el cofre dentro de una red. Al llegar al barco del pescador, Diana asomó la cabeza fuera del agua y saludó a Darius, el cual no le recibió de buena manera.

—¿Qué quieres ahora? —dejó notar la poca gana que tenía de ver a Diana

—Ofrecerte un trato —contestó Diana como si le diese igual la actitud de Darius.

—No tengo nada que... —dijo él antes de que le interrumpiese Diana

—No vengo sola —dijo ella para que no se adelantase el pescador a los acontecimientos.

En ese momento, las sirenas que iban con Diana, también asomaron la cabeza y luego el cofre.

—Abridlo —ordenó Diana.

Las sirenas procedieron a retirar la red y abrir la tapa del cofre de madera para dejar que Darius viese lo que había dentro. Sus ojos parecían haber aumentado en el mismo instante en que vio lo que había en el cofre.

—¿Sabes lo que supone esto para cualquier humano? —preguntó Diana—. ¿Sabes el cambio de vida que puedes tener?

—No me importa —fingió Darius mientras tragaba saliva.

—Claro que no —usó Diana la ironía para hacer saber que la realidad era otra bien distinta—. En cualquier caso —dijo mientras le lanzaba una moneda de oro al interior del barco—, toma. Por si te ayuda a reflexionar mejor. Comprueba su valor e imagina todo el poder que tendrías con el cofre entero. Adiós.

Diana se sumergió y las otras sirenas volvieron a cerrar el cofre y envolverlo con la red para llevarlo de nuevo al palacio. Darius se quedó sentado en el barco recordando lo que había ocurrido hacía un instante. Cada vez que miraba la moneda, veía cumplidos sus sueños de vivir en una casa enorme, negocios y poder; todo lo que, tanto él como cualquiera que hubiese conocido a lo largo de su vida, siempre había querido.

Estuvo toda una semana sin poder olvidar aquél momento, sin poder quitarse de la mente cómo sería su vida con todo lo que había en aquél cofre que las sirenas le habían ofrecido. Cada vez que Liria le besaba, era como si la estuviese traicionando. No contó nada de la primera vez que Diana fue a buscarlo en alta mar para no preocuparla, pero esta segunda vez, pesaba más el hecho de no admitir que su amor por el oro era mayor que su amor por Liria. Parecía que aquella moneda tenía algún encantamiento que no le permitía parar de pensar cuánto quería lo que podría tener a cambio de lo que ya tenía.

CAPÍTULO XI

LA DECISIÓN

Finalmente decidió deshacerse de la moneda arrojándola lo más lejos posible con el barco en marcha. No quería saber nada del cofre, de su contenido, ni del cambio de vida que supondría para él. Cuando paró el motor y se dispuso a lanzar la red, Diana volvió a aparecer en su vida.

—Se te ha caído esto —dijo la sirena mientras extendía el brazo con la moneda que Darius había tirado hacía unos minutos—.

—Puedes quedártela —le dijo Darius mirando hacia otro lado.

—Tengo muchas más, no te preocupes —insistió Diana—. Además, creo que también se te ha caído esto —dijo colocando un diamante junto con la moneda en la misma mano.

Darius no pudo evitarlo y se acercó para ver el diamante de cerca.

—¿Es un diamante auténtico? —Darius no podía creerlo aunque lo estaba viendo.

—Exactamente —contestó Diana—. Cógelo, pesa un poco. Aunque no tanto como aquel cofre lleno de oro y joyas ¿Lo recuerdas, Darius?

El pescador dudó entre tomar lo que la sirena le estaba ofreciendo o no, pero debía reconocer que tener aquello delante le hacía sentir algo especial. Finalmente se decidió por hacer que lo que Diana tenía en su mano, pasase a la suya. Lo cogió, lo palpó, lo observó e incluso lo alzó para ver su brillo a la luz del sol.

—Imagina todo un cofre lleno de cosas como esa —insistió Diana—. Darius, si me permites un consejo, el amor se acaba y cuando eso ocurre no queda nada. La riqueza, puedes hacerla crecer.

La moral de Darius estuvo al límite desde que Diana le entregó aquella moneda de oro que arrojó al mar y que le fue devuelta hacía muy poco tiempo. No era lo mismo pensar en la riqueza y el poder como conceptos abstractos, que poder palparla. Su humanidad, y con ella su corruptibilidad y su egoísmo estaban cada vez más presentes. Diana fue paciente. Esperó en silencio por más de cinco minutos hasta que Darius dio una respuesta clara.

—Lo haré —afirmó firmemente convencido el pescador.

La cara de Diana se inundó de satisfacción. Por fin Liria volvería al lugar en el que tenía que estar. Era una gran noticia y la reina sabría valorar el trabajo de Diana.

—Pero hay una condición —negoció Darius—. Será después de que ella de a luz. El bebé se queda conmigo.

—Darius, eso no... —dijo Diana

—Es la única condición que pongo —la interrumpió Darius de un modo tajante.

—Se lo trasladaré a la reina —comunicó Diana al pescador—. Mañana traeré la respuesta.

Diana volvió a casa y dejó a Darius con su moneda, su diamante, su exceso de ambición y su falta de moral. La reina aceptó la condición de Darius, pues lo importante para ella era poder capturar a Liria y hacer que cumplierse su condena. En cuanto a la criatura, a pesar de tener que esperar más tiempo del deseado, sabía que tarde o temprano la llevaría con él en su barco algún día y ese sería el momento de traerla con ellas para hacer lo que hubiese que hacer.

Con las negociaciones hechas y todos los puntos aclarados, no quedaba más que esperar. Mientras Liria vivía una falsa realidad, engañada por el hombre al que amaba, Darius sólo

pensaba en la recompensa que recibiría por entregarla. A ratos sentía remordimiento y algo de culpa, pero callaba las voces de la poca conciencia que le quedaba repitiéndose una y otra vez que era por un futuro mejor para él y su bebé, aún a sabiendas de que era algo que hacía únicamente por su propio beneficio.

El día del parto había llegado. Coincidió con una de las visitas semanales que hacían las sirenas para informarle de todo y llevar las órdenes de Liria a las que habían formado un ejército que estaba ya preparado para el ataque que cambiaría todo. Zaldia y Aenda ayudaron a Liria a que la criatura llegase al mundo. Después de los gritos de dolor propios de un parto, sólo se escuchó el tic tac del reloj de pared que había colgado sobre uno de los sofás del salón. Parecía que todo el mundo se había detenido, pero sólo era una impresión que duró unos segundos que se hicieron eternos. El silencio que tan profundo era, fue interrumpido por el llanto de un bebé.

—Es un tritón —comunicó Aenda con alegría a Liria.

No se lo podía creer, por fin estaba aquí. Ya había nacido la criatura que tanto esperaba. Se alegró inmensamente de haber dado a luz lejos de su mundo y sus normas, pues de ser así, el tritón ya habría sido asesinado.

—¿Cómo lo vas a llamar? —se interesó Zaldia

—Neo —respondió Liria—.

Ahora que su hijo había nacido, Liria sólo tenía en mente una cosa: llevar a cabo su venganza. Las ganas por hacer a Ligia lo que ella hizo a su hermana y a Layna iban en aumento cada día que pasaba. Era como un veneno que se extendía por el cuerpo y cuyo avance era imposible parar. Sabía que estaba algo desentrenada y que debía comenzar a nadar y practicar un poco con la espada antes de enfrentarse a la reina.

Había pedido a Zaldia que se quedase al cuidado de su hijo mientras ella practicaba con Aenda durante unas semanas. Mientras una cuidaba al pequeño tritón, la otra entrenaba con Liria. Por su parte, Darius comenzaba a desesperarse un poco. El tiempo estaba pasando y aún no había entregado a Liria para recibir su recompensa, de modo que decidió proponerle un día juntos. Un día sin más sirenas, él y ella solos. Un día en alta mar como hacían cuando estaba embarazada. Liria sabía que a pesar de tener la responsabilidad de liderar a las sirenas que la apoyaban, debía cuidar su relación. Notaba que había cierta distancia desde hacía algún tiempo y creía ser la responsable.

Al día siguiente de hablar sobre el tema, Liria y Darius fueron juntos al muelle como hacía unos meses. El resto de pescadores que el primer día que la vieron se burlaron, ese día ni tuvieron en cuenta su presencia. Al ver la cantidad de peces que traían cuando iban juntos, comenzaron a respetarla. Cuando llegaron al barco, lo soltaron y se dirigieron a alta mar. Liria notaba que a Darius le ocurría algo. Nada era igual. Su mirada, sus gestos, sus palabras; todo era diferente que la última vez que habían ido.

—¿Qué ocurre, Darius? —preguntó Liria sin poder contenerse más

—Nada —ocultó él la verdad con nerviosismo.

—¿Por qué mientes? —quiso dejar claro Liria que sabía que la respuesta de Darius no era sincera

Pero él no contestó esta vez. Simplemente paró el motor y dijo que habían llegado. Liria notaba que algo extraño había, pero ni de lejos sospechaba que estaba siendo traicionada por el hombre que tanto amor dijo sentir por ella. Él comenzó a sacar la red para pescar.

—Puedes lanzarte al agua cuando quieras —dijo Darius sin mirarla al ver a Diana hacerle una señal.

Liria comenzó a desvestirse para lanzarse al agua, Darius fingía estar preparando todo para poder pescar y Diana estaba lista para llevarse a Liria con ayuda de otras sirenas. Con toda la ropa en el suelo del barco, Liria miró a Darius y le dijo “No sé lo que está pasando, pero recuerda que te amo”. Después se giró para saltar al agua y mientras las palabras de Liria martillaban la cabeza del pescador, cayó sobre ella la red que Darius usaba para pescar. Cuando Liria entró en el agua, estaba envuelta en la red. No sabía lo que ocurría y sólo escuchaba gritos de sirenas acercándose. Cuando vio a Diana, supo que la habían apresado, pero no se imaginaba que Darius tuviese algo que ver.

—Entregadle el tesoro —ordenó Diana.

Liria vio como unas sirenas se acercaron al barco con un cofre. Vio como lo sacaron del agua y cómo al volver a entrar, ya no había cofre. En ese momento, se percató de que Darius la había traicionado. Había sido alejada de su hijo y entregada a una condena a muerte a cambio de un tesoro. Todo lo que le habían enseñado sobre los hombres en su adoctrinamiento, era cierto. Liria no supo como reaccionar, se quedó paralizada. La desilusión fue tan grande que sintió como si algo dentro de ella hubiese estallado y hubiese agotado su fuerza por completo.

Atrapada, veía como el barco estaba cada vez más lejos. Las sirenas la estaban llevando de vuelta. Oía voces y risas, pero no escuchaba nada. Estaba en su propio mundo, como si la red que la envolvía actuase de barrera que la aislaba de todo. Había perdido completamente de vista el barco de Darius y de pronto, algo la frenó de manera instantánea e hizo que el movimiento fuese en sentido contrario.

Un grupo de sirenas del ejército de Liria había intervenido. Sabían lo que estaban planeando, sabían que pronto ocurriría lo que estaba ocurriendo, pero no podían vigilar tan de cerca, ni ser tan obvias. Aún habían sirenas de la guardia de la reina que eran infiltradas del ejército que apoyaba a Liria, lo cual era de gran ayuda y vital importancia para saber los movimientos que Liria pretendía hacer contra Liria.

Mientras unas sirenas liberaban a Liria de la red, otras luchaban contra la guardia de la reina. Sin nada que la pudiese retener, Liria seguía aún un poco ausente y lo único que podía hacer era mirar a las sirenas luchando entre ellas. Una voz que pronunció su nombre varias veces, la hizo que poco a poco fuese volviendo en sí. Al principio la escuchaba de un modo lejano, como si la voz estuviese encerrada en una caja de metal, mejor dicho. Cada vez que escuchaba su nombre, la voz le resultaba más próxima y presente hasta que finalmente reaccionó y se dio cuenta de que era Aenda previniéndola del ataque de Diana.

En ese momento, Liria tomó control sobre su cuerpo de manera inmediata, se giró y pudo evitar el ataque de la que un día fue su amiga. Iba hacia ella armada con una espada, dispuesta a atravesar a Liria y llevarla muerta ante la reina. No era la mejor idea, pues llevarla dejando un rastro de sangre tan grande, haría que los tiburones las encontrasen y las persiguiesen. Bastante suerte tenían ya de estar en una zona en la que era raro ver a un tiburón teniendo en cuenta las heridas que se habían causado en ese enfrentamiento.

Para que Liria se pudiese defender, una de sus sirenas le dio una espada y luchó contra Diana, la cual estaba llena de rabia. De la sirena que conocía y con la que tantas cosas compartió desde pequeña, no quedaba nada. Tenía frente a ella a una completa desconocida hacia la que no podía sentir ni el más mínimo sentimiento de compasión. No tuvo ningún tipo de miramiento antes de usar la espada que empuñaba para atravesar a Diana, quien miró a Liria como si fuese una asesina sin piedad. A pesar de ello, Liria no mostró ni un poco remordimiento. Nada la inquietaba, ni la atormentaba. Su amiga había muerto desde el día en que fue la responsable de que Liria fuese

condenada por su traición. La sirena a la que ella había matado, no era más que una sombra de Ligia.

Las sirenas de la guardia real se replegaron y volvieron a su ciudad. Por su parte, Liria y sus sirenas fueron en busca del barco de Darius. Ya no estaba en el lugar en el que había entregado a la madre de su hijo, de modo que intentaron llegar a él antes de que estuviese demasiado cerca del puerto. No les resultó difícil, pues Darius quería esperar hasta el anochecer para poder sacar el cofre sin que nadie le preguntase.

El pescador estaba en su barco con el cofre abierto y mirando todo lo que había dentro. Sacó las monedas y las joyas una a una y las volvió a meter. Sabía que con eso su vida cambiaría para siempre. En ningún momento pensó en Liria, ni el más mínimo pensamiento cruzó el umbral de su mente.

De repente, escuchó algo en el agua. No hizo mucho caso, pero al volver a escucharlo se asomó para saber qué era. No vio nada, así que pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada. Volvió a sentarse junto al cofre y al cabo de unos segundos escuchó nuevamente algo en el agua, pero esta vez, seguido de unos cantos de sirena. El pescador se puso en pie y se asomó nuevamente. Se dio cuenta de que estaba rodeado de sirenas. No había ninguna parte del barco que no tuviese una cerca.

—¿Qué queréis? —preguntó asustado Darius

—Una respuesta —contestaron todas.

—¿Qué respuesta? —se extrañó Darius

—¿Por qué? —preguntaron ellas

—¿Por qué, qué? —no entendía a qué se referían

—¿Por qué me has traicionado? —preguntó Liria emergiendo del agua

—¡Liria! —se sorprendió Darius—. Mi amor.

—¿Tu amor? —se mostró dolida la sirena—. ¿No es acaso ese tesoro tu nuevo amor?

—No —quiso excusarse él—. Esto es sólo...

—Podrías haber tenido eso y mucho más si me lo hubieses pedido —lo interrumpió ella subiéndolo al barco—. Pero preferías entregarme. Preferías alejarme de mi hijo y dejarlo sin madre ¿Crees que mereces tenerlo a tu cargo? ¿Crees que merece que alguien tan egoísta y miserable decida su futuro?

—Liria, esto le dará una vida mejor —intentó calmarla el pescador—. Nos dará una vida mejor. A los tres.

—No —dijo ella tajantemente—. No hay ningún tres. Sólo hay dos. Mi hijo y yo. Tirad el tesoro por la borda —ordenó a las sirenas.

—No, por favor —suplicó Darius mientras dos de ellas subían para tirar el tesoro.

—No te obedecen a ti, Darius —aclaró Liria—. Me obedecen a mí.

Entonces, Darius agarró un fusil, apuntó a Liria con él y las sirenas se quedaron quietas.

—Dejad el tesoro y marchaos —dijo Darius.

—¿Vas a matarme? —preguntó Liria haciendo frente—. Supongo que es cierto aquello de “por mucho que un hombre ame a alguien, nunca le amará tanto como a la riqueza o al poder”.

Después, Liria dio la espalda a Darius y ordenó a las sirenas que dejaran el cofre. Mientras el pescador sólo veía eso, Liria hacía un gesto una de las sirenas, que entendió el mensaje.

—Darius, gracias por enseñarme el camino —dijo Liria.

Entonces, la sirena a la que Liria le había hecho el gesto, saltó desde el agua por encima del pescador e hizo que el fusil cayese al suelo. En ese momento, Liria aprovechó para cogerlo y

apuntar a Darius. No podía negar que cuando él la miró, la sirena se enterneció al recordar todo lo que había ocurrido entre ellos desde el principio hasta el final, parte que al recordar, entendió que se había enamorado de una idea y no del hombre que tenía delante. Respiró profundo, se arrancó el colgante que él le había regalado, se lo lanzó, cerró los ojos y disparó al pecho de Darius con el fusil que unos instantes antes la estaba apuntando a ella.

Las sirenas se fueron y dejaron aquel barco a la deriva con Darius atravesado por el fusil. Jamás se supo lo que realmente había ocurrido allí, sólo que Darius fue asesinado por no se sabe quién, ni por qué y que de su pareja y su hijo no volvió a saberse nada nunca más. Pero antes de que ese misterio ocupase la mente de los habitantes del pueblo, Liria había ido a la casa en la que vivía con Darius. Allí estaba Zaldia con Neo, ajeno a todo lo que había sucedido y que había hecho que su destino diese varios giros inesperados en muy poco tiempo.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Zaldia al ver a Liria llegar

—Nada que no se haya podido solucionar —respondió Liria sin ganas de hablar mientras avanzaba hacia su hijo para abrazarlo—. Vuelve con Aenda. Ella te informará de todo.

Así fue, Zaldia abandonó la casa de Liria y marchó hacia el lugar al que debía ir. El plan que habían trazado seguía en pie y cada vez quedaba menos para llevarlo a cabo. Pasaron los días y Liria no se separaba de su hijo, pues aunque no temía enfrentarse a Ligia, sabía que todo era posible en una guerra. Pensar que resultase herida o derrotada, la llenaba de pánico. Un pánico que más allá del hecho de no ver crecer a su hijo, nacía en las dudas que invadían su mente constantemente sobre lo que ocurriría con Neo y cómo sería su vida sin la protección de su madre. Sabía que había todo un ejército de sirenas dispuestas a cuidar de él y que no estaría solo, pero también sabía que ninguna de ellas lo querría tanto como su propia madre.

Bajo las aguas del mar y sin la más mínima intención de rendirse, se encontraba Ligia sentada en su trono. Miraba continuamente al suelo y no paraba de arañar con su mano derecha el reposabrazos de su asiento. Pensaba continuamente en Diana, se sentía culpable de su muerte y deseaba que estuviese junto a ella, pero no era posible. Su odio hacia Liria iba en aumento cada segundo que pasaba pensando en todo lo que tuviese que ver con ella, especialmente al recordar que ella había matado a la que Ligia había elegido como su sucesora, la sirena con la que había creado un vínculo y daba rienda suelta a su pasión.

CAPÍTULO XII

CARA A CARA

El día había llegado y Liria debía reunirse con su ejército para atacar a Ligia. El plan se resumía en tomar el poder por la fuerza. Entrarían en el palacio por sorpresa y matarían a todas las sirenas que se interpusiesen en su camino hasta llegar a la reina, arrebatándole la vida y con ella, el poder. Zaldia era, como de costumbre, la encargada de cuidar a Neo mientras su madre estaba fuera. Llegó puntual como siempre y, tras besar a su hijo en la frente, Liria pudo irse con la tranquilidad de saber que su pequeño tritón estaba en buenas manos, pero preocupada por si era la última vez que lo veía.

Aún quedaba un largo camino para llegar al asentamiento que las sirenas habían creado para vivir al margen de la ciudad en la que habían nacido todas, pero cuanto antes se pusieran en marcha, mejor. Aenda esperaba junto a un grupo de veinte sirenas la llegada de Liria en un punto concreto cercano a la costa. Desde allí, partieron hacia el refugio y descansaron para tener las fuerzas suficientes al día siguiente en el momento de atacar.

La adrenalina recorría el cuerpo de cada una de ellas y sentían una energía muy peculiar. Estaban entre la máxima exaltación de una posible victoria en la que confiaban plenamente, y el temor de una derrota que acabase con todas ellas y sus esperanzas en la victoria que confiaban.

Las órdenes eran claras y todas estaban perfectamente entrenadas. Conocían qué quería decir cada palabra clave y sabían que no debían hacer otra cosa que Liria no dijese. Cada una de ellas empuñó una espada, cogió un escudo y se colocó una armadura. Con las espadas y los escudos no habían problemas, pero las armaduras quedaban grandes a la mayoría de ellas, pues todo era material de naufragios y no estaban hechas para mujeres. Algunas de ellas, además de con una espada, se armaron con un arco y flechas de acero. Eran las más hábiles y ofrecía una gran ventaja en determinados casos.

Sin nada más que hacer en ese lugar, Liria se puso en marcha y todas las demás la siguieron. Después de nadar por varias horas, habían llegado a la ciudad. Parecía una ciudad fantasma. No se veía absolutamente a ninguna sirena en ella. Al fijarse bien, vieron que estaban dentro de sus casas. Observaban desde los barrotes de las ventanas y cuando se daban cuenta que alguna las veía, intentaban esconderse.

—Esto resulta demasiado raro, Liria —dijo Aenda.

—Lo sé —dijo Liria confirmando lo que Aenda había expresado—. Sigamos.

Liria y su ejército avanzaron hasta llegar al palacio, donde no se veía ninguna guardia en el exterior. Fueron avanzando con cautela y al entrar, se dieron cuenta que estaba vacío. Alguien las había prevenido del ataque, o de lo contrario las habrían sorprendido allí mismo. Por más que buscaron, no encontraron ninguna pista que les hiciese sospechar absolutamente nada. No tuvieron más remedio que salir a buscar respuestas por la ciudad. Recorrieron cada calle, cada rincón, cada lugar del que pudiesen obtener algún tipo de información, pero no encontraban nada y ninguna de las sirenas que estaban encerradas en sus casas, dijo nada. Finalmente, el ejército se replegó y al día siguiente, Liria volvió a casa a la espera de cualquier novedad que las condujese hasta la reina.

Cuando Liria entró en su casa, se dio cuenta de que algo había ocurrido allí. Los muebles

estaban volcados, el desorden era muy notable y Zaldia estaba tirada en el suelo, inconsciente. Liria fue inmediatamente a la habitación en busca de Neo, pero su hijo no estaba en la cuna. La sirena sintió un fuego en su cabeza y una sensación de asfixia. La ansiedad se estaba apoderando de ella. Volvió al salón para despertar a Zaldia e intentar averiguar lo que había ocurrido. Intentó hacer que la sirena inconsciente volviese en sí, pero no lo conseguía. Tan nerviosa estaba que abofeteó fuertemente a Zaldia, quien reaccionó al golpe.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Liria

—La reina —balbuceó Zaldia.

Entonces todo estaba claro para Liria. Ligia había hecho que raptasen a Neo para que su madre fuese ante ella. Nuevamente la reina tenía ventaja frente a Liria, una ventaja demasiado grande. Rápidamente, para evitar que su hijo sufriese daño alguno, la sirena se puso en marcha y llevó a Zaldia con ella. Liria estaba agotada y la otra sirena estaba muy débil, pero nada de eso importaba. La vida de Neo estaba en juego y el nuevo sistema podría salvarlo, de modo que Liria sacó fuerza de donde no le quedaba y volvió a buscar a su ejército.

—La reina está en el palacio —gritaba Liria al resto de sirenas mientras llegaba.

—¿Segura? —preguntó Aenda

—Tiene a mi hijo —dijo Liria—. Esperó nuestro ataque para atacar ella.

—Tranquila, lo recuperaremos —intentó calmarla Aenda.

—¡Vamos! —ordenó Liria al ejército

Las sirenas obedecieron y se prepararon para asaltar el palacio y conseguir su objetivo al fin. Mientras avanzaban, la cara de Liria estaba llena de angustia e ira. Aenda la miraba y podía notarlo, era algo demasiado visible. Nadaron y nadaron hasta llegar a la ciudad nuevamente. Aún parecía una ciudad abandonada, pues las sirenas sabían que una batalla sangrienta estallaría y eso haría que muchos tiburones rondasen por aquellas aguas durante varios días. Lo que hallaron diferente de la última vez que estuvieron allí, fue que en los accesos al palacio, habían guardias custodiándolos, pero no daba la sensación de estarse esperando un ataque. Pese a ello, Liria ordenó que asaltasen el palacio y eliminasen a cualquiera que se interpusiese en su camino, pero a medida que avanzaban, Ligia salía por la entrada principal.

—Páralo todo si quieres volver a ver a tu hijo, Liria —sugirió la reina.

Eso hizo que Liria se frenase y ordenase a todas sus sirenas a parar el ataque.

—Ven aquí, Zaldia —llamó la reina a la sirena que había estado al cuidado de Neo.

Liria y Aenda miraron muy confusas a Zaldia yendo hacia la reina. Entre las sirenas del bando de Liria se escuchaban murmullos que dejaban claro que no era algo que se pudiesen esperar.

—¿Por qué crees que estoy donde estoy, Liria? —se dirigió la reina a la madre de Neo—. Siempre voy un paso por delante. Yo también sé tener sirenas infiltradas. Bien hecho, Zaldia.

—¿Te ha gustado el juego de hacerme la inconsciente, Liria? —se deleitó Zaldia burlándose ante todas—. La reina —siguió hablando, pero con el mismo tono que usó cuando fingía volver en sí en la casa de Liria.

Justo en ese momento una flecha que Aenda había disparado atravesó el pecho de Zaldia, provocándole la muerte.

—Mi hijo ahora o la próxima será para ti —amenazó Liria a la reina.

—Bien. Si eso es lo que quieres —dijo la reina—. Pero que conste que yo no le he hecho nada. Traedlo.

Al cabo de unos segundos, una sirena de la guardia de la reina salía con el bebé en brazos. La manta con la que Liria lo envolvía en casa ya no la tenía, no tenía absolutamente nada. Se podía

ver claramente que a pesar de estar dentro de el agua, sus piernas no se habían transformado en cola. La reacción de Liria fue ir en busca de su hijo, pero Aenda la frenó y ordenó a una sirena que lo buscara, no era buena idea que Liria se alejara del grupo. Al volver con el bebé en brazos, la sirena se lo entregó a Liria, quien se dio cuenta que su hijo no era un tritón, sino un humano; con lo cual era imposible que su hijo sobreviviera bajo el agua.

—¡Has matado a mi hijo! —gritó Liria enfurecida

—Yo ni siquiera lo he tocado —dijo la reina entre risas—. Fue una de las sirenas de mi guardia quien lo trajo.

—Bajo tus órdenes —dijo Liria acercándose lentamente.

—Liria, no te ciegues —le aconsejó Aenda.

—Has matado a mi hijo —repitió Liria.

—La única que ha matado a tu hijo eres tú —acusó la reina a Liria—. Si lo hubieses tenido dentro del agua, habría nacido protegido por la magia del tridente de Poseidón. Pero no se te ocurrió otra cosa que parir en la superficie ¡Tú has matado a tu hijo!

—¡Matadlas a todas! —ordenó Liria a su ejército

Mientras ella se quedaba en el mismo lugar, todas sus sirenas fueron hacia el palacio, del cual salieron las sirenas del ejército de la reina para defenderla. Todas luchaban de manera despiadada. En esa batalla morías, o matabas. El agua comenzó a teñirse de rojo, los cuerpos no paraban de caer en el fondo del mar, atraídas por la magia que aún había del tridente y que evitaba que flotasen para mantener el secreto de las sirenas.

Lo que estaba ocurriendo a su alrededor parecía no importarle a Liria. Ella estaba en su propio mundo abrazada a su hijo, como si aún estuviera vivo, como si algo dentro de él fuese a hacer que sus pequeñas piernas se convirtiesen en cola y pudiese despertar.

La sensibilidad de Liria, la hacía refugiarse siempre en una especie de burbuja que la aislaba de todo, incluso en situaciones en las que era necesario tener todos los sentidos activos. De repente, notó el frío metal de una espada atravesando su costado. Eso la hizo volver al mundo que la rodeaba y soltar a su hijo como un acto reflejo del cuerpo.

El bebé, pese a no haberse transformado, tenía sangre de sirena y fue atraído hacia el fondo del mar. Su madre, aún viva, había girado la cabeza y pudo ver la cara de Ligia sonriendo por su victoria. Al fin había conseguido, herir de muerte a Liria, quien se desangraba aún con la espada de la reina clavada. Ligia estaba disfrutando tanto aquel momento que no recordaba haber sido tan feliz en mucho tiempo. El resto de sirenas se quedaron sin saber qué hacer. Algunas soltaron sus espadas y se rindieron, otras siguieron luchando y otras huyeron. Ligia se había vuelto a imponer. Su reinado parecía no tener fin, como si alguna fuerza oscura la protegiera para que siempre lograra salir victoriosa en todo.

Cuando se aburrió de mover la espada dentro de Liria y la sacó definitivamente para dejar que la sirena cayese al fondo del mar. Al borde de la muerte y sin poder comparar el dolor de su corazón con el de su cuerpo, mientras Liria iba llegando al fondo del mar, aún podía ver cómo algunas sirenas seguían luchando en medio de aquella agua teñida de rojo por la sangre de todas, al tiempo que se cuestionaba el sentido de aquella batalla y el sacrificio que supuso a nivel personal.

Al llegar al fondo del mar, Liria cayó justo al lado del cuerpo sin vida de su bebé. Sus ojos, aunque no se apreciaba al estar en el agua, comenzaron a llorar. Su sentimiento de culpa la acompañó hasta que murió justo después de besar por vez última la frente de su hijo. Ese bebé de cuya llegada tanto se había alegrado, por el cual tanto había luchado, a cuyo padre había amado y por el cual fue finalmente traicionada. Lo que había comenzado como un simple cambio de vida,

lo convirtió en una lucha por el cambio de un sistema, del que ella estaba ya a salvo.

—Este es un mensaje para todas las sirenas —se escuchaba a la reina desde algún lugar de aquel pedazo ahora rojo del mar—. Cuando hay un sistema establecido, tal vez es mejor no desafiarlo, salvo que tengas la fuerza suficiente o seas lo bastante inconsciente como para hacerlo.

FIN

Quisiera terminar el libro agradeciendo a todas y cada una de las personas que han decidido que formase parte de aquello que una vez leyeron. Espero de corazón que hayáis disfrutado leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

Asimismo, agradecería mucho que si este libro ha sido de tu agrado y no te genera ni una mínima molestia, dejases una pequeña reseña en Amazon para ayudar a otros posibles futuros lectores a decidir si leerlo o no y a un mejor posicionamiento de esta obra. Eso sí, evitando los spoilers para no arruinar el misterio a los lectores que vengan detrás.

Eterna y enormemente agradecido:

Brian López